

CARMEN LYRA

La suegra del diablo y otros cuentos latinoamericanos

ILUSTRADO POR LUIS LEYBA AGUILERA





© Carmen Lyra
© De las ilustraciones: Luis Leyba Aguilera
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)

Centro Simón Bolívar.
Torre Norte, piso 21, El Silencio.
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: (0212) 7688300 - 7688399

Correos electrónicos: comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web: www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales: Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyralibro

Diseño de colección: Mónica Piscitelli
Edición al cuidado de: Katherine Castrillo
Corrección: Eva Molina y Yesenia Galindo
Diagramación: Luis Leyba Aguilera

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC201700221
ISBN: 978-980-14-3305-7

CARMEN LYRA

La suegra del diablo
y otros cuentos latinoamericanos

ILUSTRADO POR LUIS LEYBA AGUILERA

Presentación

Es tierra larga la imaginación de un niño, mar eterno, sueño a párpados alzados, camino infinito de hormigas que van alegres a perderse quién sabe en qué horizonte. Para los humanos nuevos es posible todo espectáculo, ellos –que vienen papel en blanco, agüita clara– permiten la definición de cualquier línea y de ella, para arriba y para abajo, se revela lo demás a buen paso. Una raya: la cuerda floja, y se atreven a correr desordenadamente sobre aquel batir de incertidumbre. Entonces para ellos debe ser la palabra magnífica, para sus oídos las voces que truenan desde los abuelos de la tierra, el genio grande que como manto de lluvia no da tregua al suelo seco.

Esta colección se asume barca de lo imposible y trae colores de todos los mares, viene a nutrir la imaginación de nuestros niños con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes, textos que contribuyen al rescate de tradiciones culturales y a la celebración de lo otro.

La serie Morada (de 0 a 6 años) ofrece la palabra cándida y delicada a los más pequeños, los que recién han roto el cascarón y corren agitadamente procurando reconocer el entorno.

La serie **Roja** (de 7 a 11 años) concede su luz a los que procuran crear sus propios universos, a los que hurgan e investigan sobre las complejidades del mundo.

Y la serie Azul (de 12 años en adelante) se alza como nave de aquellos que pronto se decidirán a abrir sus propios cielos y necesitan el embrujo de muchos cantos para permanecer soñando.

Nota editorial

La siguiente selección de cuentos forma parte de la obra *Los cuentos de mi tía Panchita* de la escritora costarricense Carmen Lyra. En el texto original, Lyra incluye un primer grupo de textos de diversos personajes cuyas acciones se desarrollan en el entorno latinoamericano, y otra parte de las aventuras picarescas de Tío Conejo contextualizadas en el mismo espacio. En esta oportunidad hemos recopilado en este ejemplar diez de los primeros doce textos presentes en la obra original, respetando la redacción, diálogos y estructura con los que la autora reflejó la oralidad propia de la región.

Asimismo, sumamos a estos relatos la presentación que hiciera Lyra para *Los cuentos de mi tía Panchita*, ya que, como realidad de su infancia, forma parte esencial de la evocación e inspiración de la autora para desarrollar estas historias que han calado en la niñez norteamericana y se han convertido en referentes para todas las edades.

Sea esta arca de cuentos multiplicadora de las letras latinoamericanas, y sirva como palma cálida que envuelva la experiencia de lectura de nuestras niñas y niños.



Palabras de la autora

Mi tía Panchita era una mujer bajita, menuda, que peinaba sus cabellos canos en dos trenzas, con una frente grande y unos ojos pequeñines y risueños. Iba siempre de luto, y entre la casa protegía su falda negra con delantales muy blancos. En sus orejas, engarzados en unos pendientes de oro, se agitaban dos de mis dentezuelos de leche.

Quizá por esto soñé una vez que yo era chirrisca como un frijol y que estaba suspendida de un columpio de oro asegurado en una de las orejas de la tía Panchita. Yo me columpiaba y hacía cosquillas con los pies en su marchita cara, lo cual la ponía a reír a carcajadas. Ella solía decir que los tenía allí prisioneros, en castigo de los mordiscos que hincaron en su carne cuando estaban firmes en las encías de su dueña, quien solía tener tremendas indiadas.

Diligente y afanosa como una hormiga era la anciana, y amiga de hacer el real con cuanto negocio honrado se le ponía al frente. Eso sí, no era egoísta como la antipática hormiga de la fábula, que en más de una ocasión la sorprendí compartiendo sus provisiones con alguna calavera cigarra.

Habitaba con mi tía Jesús, impedida de las manos por un reuma, en una casita muy limpia en las inmediaciones del Morazán. La gente las llamaba “las niñas” y hasta sus hermanos Pablo y Joaquín, cuando me enviaban donde ellas, me decían: “Vaya donde las niñas”.

Hacía mil golosinas para vender, que se le iban como agua y que tenían fama en toda la ciudad. En el gran armario con puertas de vidrio que había en el pequeño corredor de la entrada, estaban los regalos que sus manos creaban para el paladar de los josefinos: las cajetas de coco y de naranja agria más ricas que he comido en mi vida; quesadillas de chiverre que muchas veces hicieron flaquear mi honradez; muñequillos y animales fantásticos de una pasta de azúcar muy blanca que jamás he vuelto a encontrar; bizcocho y tamal asado que atraían compradores de barrios lejanos: del Paso de la Vaca y de La Soledad; en frascos de cristal estaban sus perfumados panecillos de cacao Matina con los que se hacía un chocolate cuyo sabor era una delicia, y que coronaba las tazas con un dedo de rubia espuma.

Ella fue quien me narró casi todos los cuentos que poblaron de maravillas mi cabeza.

Las otras personas de mi familia, gentes muy prudentes y de buen sentido, reprochaban a la vieja señora su manía de contar a sus sobrinos aquellos cuentos de hadas, brujas, espantos, etcétera, lo cual según ellas, les echaba a perder su pensamiento. Yo no comprendía estas sensatas reflexiones. Lo que sé es

que ninguno de los que así hablaban logró mi confianza, y que jamás sus conversaciones sesudas y sus cuentecitos científicos, que casi siempre arrastraban torpemente una moraleja, despertaron mi interés. Mi tío Pablo, profesor de Lógica y Ética en uno de los colegios de la ciudad, llamaba despectivamente cuenteros y bozorola los relatos de la vieja tía. Quizá las personas que piensen como el tío Pablo, les den los mismos calificativos y tendrán razón, porque ello es el resultado de sus ordenadas ideas. En cuanto a mí, que jamás he logrado explicarme ninguno de los fenómenos que a cada instante ocurren en torno mío, que me quedo con la boca abierta siempre que miro abrirse una flor, guardo las mentiras de mi tía Panchita al lado de las explicaciones que sobre la formación de animales, vegetales y minerales me han dado profesores muy graves que se creen muy sabios.

¡Qué sugerencias tan intensas e inefables despertaban en nuestras imaginaciones infantiles las palabras de sus cuentos, muchas de las cuales fueron fabricadas de un modo incomprendible para la gramática, y que nada decían a las mentes de personas entradas en años y en estudios!

Recuerdo el cuento de “La Cucarachita Mandinga” (“La Hormiguita” de Fernán Caballero, vaciado en molde quizá americano, quizá tico solamente), que no nos cansábamos de escuchar. ¡La Cucarachita Mandinga!

Jamás podré expresar el picaresco encanto que este adjetivo de “Mandinga” puesto con tanta gracia a la par de “La Cucarachita”, por los labios de quién sabe qué abuela o vieja china, vaciaba en nuestro interior. ¿Mandinga? Ninguna de las definiciones que sobre esta palabra da el diccionario responde a la que los niños nos dábamos, sin emplear palabras, de aquel calificativo que se agitaba como una traviesa llamita nacarada sobre la cabeza de la coqueta criaturilla. Los cuentos de la tía Panchita eran humildes llaves de hierro que abrían arcas cuyo contenido era un tesoro de ensueños. En el patio de su casa había un pozo, bajo una chayotera que formaba sobre el brocal un dosel de frescura.

A menudo, sobre todo en los calores de marzo, mi boca recuerda el agua de aquel pozo, la más fría y limpia que hasta hoy probara, que ya no existe, que agotó el calor; y sin quererlo mi voluntad, mi corazón evoca al mismo tiempo la memoria de mi alegría de entonces, cristalina y fresca, que ya no existe, que agotó la experiencia.

La viejecilla me contaba sobre este pozo, mentiras que hacían mis delicias; en el fondo había un palacio de cristal, en donde las lámparas eran estrellas. Allí vivían un rey y una reina que tenían dos hijas muy lindas: una morena de cabellera negra que le llegaba a la rodilla, con un lunar en forma de flor junto a la boca; la otra blanca, con el cabello de oro que le arrastraba y con un lunar azul en forma de estrella. La rubia era mi predilecta, y el lunar azul en forma de estrella, de su mejilla, era una fuente de encanto para mí.

Yo gozaba cuando la tía Panchita cogía su tinaja y se encaminaba al pozo. La precedía brincando cual si fuese a una fiesta.

¡Qué sonidos más extraños y atrayentes subían de aquel profundo agujero umbrío, en cuyo fondo dijérase que se encendían y apagaban luces! (Más tarde me di cuenta de que eran los temblorosos jirones de claridad que habrá entre el follaje que lo cubriera, pero entonces imaginaba que eran las lámparas de que me hablara la anciana). El brocal y las paredes estaban tapizados por un musgo verde y dorado. Las gotas que rezumaban caían y producían una música tan delicada: ¡...Tin ...Tan! La anciana decía que eran los cascabeles de plata que llevaban al cuello los perritos de las princesas, suspendidos en una cinta de oro.

Si la tía Panchita, en ciertas ocasiones, hubiese logrado fisognear dentro de mi pensamiento, se habría horrorizado de sus encantadores embustes, y habría temblado por mi vida que deseaba ardientemente ir a jugar con princesas y perrillos en el palacio de cristal. ¡Y la sonrisa de compasivo triunfo que habría plegado los labios del tío Pablo, el profesor de Lógica y Ética, si hubiese asomado sus anteojos por los campos de mi fantasía cultivada por su hermana, a quien, según él, le faltaban dos tornillos! ¡Serían el del buen sentido y el de la lógica? Ahora cierro los ojos y el recuerdo de la querida viejecilla, que fue mil veces más amada para mí que el tío Pablo, a pesar de que ignoraba que existiera Lógica y Ética en este mundo, se sienta en su silla baja y me narra sus cuentos, mientras sus dedos diligentes arrollan cigarrillos. Yo estoy a sus pies en

el taburete de cuero que me hizo el tío Joaquín. Siento el olor del tabaco curado con hojas de higo, aguardiente y miel. Es en una gran sala de paredes enjalbegadas y de pavimento enladrillado. En alguna parte hay el cuadro de una pastora que pone un collar de flores a su cordero. Sobre la cómoda, el fanal que protege “el paso” de las inclemencias del tiempo y, a los lados, unas gallinas de porcelana echadas en sendos nidos.

¡Qué largos se hacían para mi impaciencia los segundos en que ella dejaba de narrar para “subir su cigarro” o ir a encenderlo en una brasa del hogar!

Son los cuentos siempre queridos de “La Cenicienta”, de “Pulgarcito”, de “Blancanieves”, de “Caperucita”, de “El Pájaro Azul”, que más tarde encontré en libros. Son otros cuentos que quizá no estén en libros. De éstos, algunos me han vuelto a salir al paso, no en libros sino en labios. ¿De dónde los cogió la tía Panchita? ¿Qué muerta imaginación nacida en América los entretejió, cogiendo briznas de aquí y de allá, robando pajillas de añejos cuentos creados en el viejo mundo? Ella les ponía la gracia de su palabra y de su gesto que se perdió con su vida.

¡La querida viejita que no sabía de Lógicas y Éticas, pero que tenía el don de hacer reír y soñar a los niños!





El tonto de las adivinanzas

Había una vez una viejita que tenía dos hijos: uno vivo y otro tonto. Al mayor lo creían vivo porque era trabajador, amigo de guardar su plata y de plantarse bien los domingos.

El otro gastaba en tonteras cuanto cinco le caía en las manos, y no le importaba un pito andar hecho un candil de sucio; y le decían por mal nombre “el Grillo”.

Un día llegó un vecino y le dijo que en el pueblo andaba el cuento de que el rey ofrecía casar a su hija con aquel que pusiera a Su Majestad tres adivinanzas que no pudiera adivinar, y que le adivinaran otras tres que Su Majestad propondría.

Otro día se levantó el tonto muy de mañana y dijo a la viejita:

—Mama, sabe que he ideado ir yo onde el rey a ver si me gano l'hija. Quién quita que pueda yo sacarlos a ustedes de jaranas.

—Jesús, apiate y mirá estas cosas —contestó la viejita al oír a su hijo—. Callate, tonto de mis culpas, y no me volvás a salir con tus tonteras—. Y lo trapió y le dijo unas cosas que no me atrevo a repetir.

Pero el muchacho metió cabeza, y cuando la viejita lo vio, fue ensillando a Panda, su yegua. Entonces, como no había más remedio, se puso a prepararle un almuerzo para el camino. Fue al solar a cortar unas hojitas de orégano para echarle a una torta de arroz y huevo que le hacía, pero como estaba medio pipiriciega no se fijó que en vez de orégano, cogía unas hojas de una yerba que era un gran veneno.

Por fin el hijo montó a Panda y dijo adiós a su madre y a su hermano, que habían hecho todo lo posible por convencerlo de que desistiera de su viaje.

La pobre viejita salió a la tranquera a verlo irse y le dijo:

—Que Dios te acompañe, hijo... Aquí nos dejas, solo Dios sabe cómo. Vas a ver que con lo que vas a salir es con una pata de banco.

El muchacho no hizo caso y cogió el camino. Al mucho andar sintió hambre, desmontó y sacó de sus alforjas el almuercito que le hiciera su madre. Era en un lugar en donde no crecía ni una mata de hierba. Sintió lástima al pensar que la pobre Panda iba a tener que ayunar. Entonces, aunque le tenía mucha gana a la torta, la cogió y se la dio a su yegua y él se comió un gallito de frijoles que bajó con bebida. Apenas la yegua se tragó la torta, cuando cayó pataleando y enseguida murió a consecuencia del veneno de las hojas con que la viejecita quiso dar gusto a la torta, creyendo que eran de orégano.

El muchacho se sentó al lado de su bestia a hacerle el duelo. En esto llegaron tres perros que se pusieron a lamer el hocico a la

difunta. ¡Para qué lo hicieron! En seguidita cayeron también pataleando, y a poco murieron.

El tonto hizo un hueco para enterrar a Panda y mientras la enterraba, llegaron siete zopilotes que hicieron una fiesta con los tres perros. A poco los siete zopilotes pararon la vista y cayeron tiesos.

Entonces, el tonto que no era tan dejado como creían, secó sus lágrimas y se dijo:

—No hay mal que por bien no venga... Ya tengo mi primera adivinanza.



Siguió anda y anda y se encontró con una vaca que se había despeñado y que estaba en las últimas. La acabó de matar y halló entre su panza un ternerito que estaba para nacer.

Lo sacó, asó parte de la carne del animalito y se la comió. Siguió su camino y allá en el peso del día, vio unas palmeras de coco cargaditas de frutas. Como tenía mucha sed, subió a una, cogió unos cocos y bebió su agua.

Por fin llegó al palacio del rey, se hizo anunciar como un pretendiente a la mano de su hija. Los criados y los señores se pusieron a hacerle burla: “¡Lo que no han podido personas inteligentes lo va a poder este no-nos-dejes!”, decían y se morían de risa.

El rey le hizo algunas reflexiones: que si no ganaba, lo ahoraría y que esto y lo de más allá, pero él no hizo caso.

La princesa se horrorizó al imaginar que tuviera que casarse con aquel tonto, y por un si acaso, le propuso que si se salía con la suya, se comprometiera a calzarse (porque era descalzo) y vestirse como los señores y, que si no, no habría nada de lo dicho. Y el tonto dijo que bueno. Se reunió un gran gentío en el salón del palacio: el rey con su hija en su trono, los ministros, los duques, los marqueses y cuanta persona que era gran pelota en el país. Y va entrando mi tonto muy en ello y con mucha tranquilidad, como si estuviera en la cocina de su casa, dijo:

—Allá te va la primera, señor rey:

Torta mató a Panda,

Panda mató a tres;

Tres muertos mataron a siete vivos.

El rey se puso a reflexionar y fue de reflexionar como una hora, y no pudo dar en el chiste. Por fin se dio por vencido. El tonto explicó:

—Panda, mi yegua, murió a consecuencia de haberse comido una torta envenenada; llegaron tres perros, le lamieron el hocico y enseguida murieron; bajaron siete zopilotes, se comieron los perros y también murieron.

Luego el tonto dijo:

—Allá te va la segunda:

*Comí carne de un animal
que no corría sobre la tierra,
ni volaba por los aires,
ni andaba en las aguas.*

Vuelto el rey a cavilar y al cabo de una hora se dio por vencido. El muchacho explicó:

—Encontré una vaca que se había despeñado y que estaba boqueando, la acabé de matar y le saqué de la panza un ternerito que estaba para nacer. Lo asé y comí de su carne.

Luego el muchacho dijo:

—Allá te va la tercera:

*Bebí agua dulce
que no salía de la tierra,
ni caía del cielo.*

Tampoco pudo esta vez adivinar el rey, y el tonto explicó:

—Me bebí el agua de unos cocos y ya ves, señor rey, como al mejor mono se le cae el zapote. Le llegó el turno al rey de proponer sus adivinanzas.

Mandó cortar a una chanchita el rabo y lo puso entre una caja de oro que presentó al tonto y le preguntó:

—¿Adivinas lo que tengo aquí?

Él se rascó la cabeza y al verse en este apuro, se dijo en voz alta:

—“Aquí fue donde la puerca torció el rabo...”.

El rey casi se va de bruces.

—¡Muchacho! ¿Cómo has hecho para adivinar?

El tonto comprendió que de pura chiripa había acertado, y como no era tan tonto, dijo haciéndose el misterioso:

—Eso no se puede decir... Eso es muy sencillo para mí...

Entonces el rey fue a su cuarto, cogió un grillo que cantaba en un rincón, lo encerró entre su mano y se lo presentó.

—¿Qué tengo aquí?

El muchacho se puso a ver para arriba, y viendo que nada se le ocurría, se dijo en voz alta:

—¡Ah, caray! ¡Y en qué apuros tienen a este pobre grillo! (como a él lo llamaban “el Grillo”...).

El rey se hizo de cruces, la princesa estaba en un hilo y la gente se volvía a ver, admirada.

—¡Muchacho de Dios! ¿Cómo has hecho para adivinar?

Otra vez los aires misteriosos para contestar:

—Muy fácil, pero no se puede decir...

Mandó a hacer el rey en un salón un altar con cortinas de oro y plata, candelabros de oro, candelas de cera rosada, floreros y muchos adornos; y sin que nadie lo viera, llenó un vaso de estiércol, lo envolvió bien en un paño de oro bordado con rubíes y brillantes y lo colocó en medio del altar. Hizo llamar al tonto y le preguntó:

—¿A que no me adivinas qué tengo en este altar?

—¿Qué puede ser? ¿Qué puede ser? —pensaba el muchacho sudando la gota gorda—. Lo que es ahora sí que no adivino... Lo que me voy a sacar es que me ahorquen...

Luego, casi desesperado, dijo:

—Bien me lo dijo mi mamá que buen adivinador de m... sería yo.

El rey se quedó en el otro mundo.

—¡Muchacho! ¿Cómo has adivinado?

Y él respondió:

—¡Muy fácil! Si así me las dieran todas...

Inmediatamente se comenzaron los preparativos para la boda. La princesa estaba que cogía el cielo con las manos. La pobre no tenía nadita de ganas de casarse con aquel gandumbas.

Llamó al zapatero para que le tomara las medidas a su futuro esposo de unos zapatos de charol, pero le aconsejó se los dejara lo más apretados que pudiera. Lo mismo al sastre con el vestido y mandó a comprar un cuello bien alto.

Cuando llegó el día del matrimonio, el tonto fue a vestirse de señor, pero todo fue ponerse aquellas botas de charol y comenzar a hacer muecas. Le pusieron tirantes, el cuello que casi no le dejaba respirar y las mangas de la leva le quedaban tan angostas que se veía obligado a tener los brazos tan encogidos que parecía un chapulín. Pero lo que no se aguantó fue que le pusieran guantes. Cuando lo vieron, fue sacándose la leva y arrancándose el cuello y la corbata y tirando todo por la ventana. Los zapatos de charol fueron a dar a un tejado.

—¡Adiós! ¡Caray! —gritó al verse libre de todas aquellas tonteras—. ¡Yo por qué voy a andar a disgusto?

La princesa que estaba escondida detrás de una cortina, ya no podía de tanto reír.

El muchacho se fue a buscar al rey y le dijo:

—Mucho me gusta su hija, pero más me gusta andar a gusto. Me comprometí a casarme con ella si me vestía de señor, pero yo no sé cómo hacen para andar con los pies bien chimaos, con el pescuezo metido entre esta vaina, bien echados para atrás, que les tiene que doler la caja del cuerpo... Prefiero volverme donde mi

mamá: allí ando yo como me da mi gana; y si me quedo aquí tendré que pasar mi vida como un Niño Dios en retoque.¹

Entonces el rey le dio dos mulas cargadas de oro y el tonto se volvió a su casa, donde lo recibieron muy contentos.



1 Parece que esas sonrientes esculturas que representan al Niño Dios, para retocarlas y trabajar sin dificultad, las aseguran con un tornillo que les meten por detrás.



Uvieta

Pues, señor, había una vez un viejito muy pobre que vivía solo, íngrimo, en su casita y se llamaba Uvieta. Un día le entró el repente de irse a rodar tierras, y diciendo y haciendo, se fue a la panadería y compró en pan el único diez que le bailaba en la bolsa. Entonces daban tamaños bollos a tres por diez y de un pan que no era una coyunda como el de ahora, que hasta le duelen a uno las quijadas cuando lo come, sino tostadito por fuera y esponjado por dentro.

Volvió a su casa y se puso a acomodar sus tarantines, cuando tun, tun, la puerta. Fue a ver quién era y se encontró con un viejito tembleque y vuelto una calamidad. El viejito le pidió una limosna y él le dio uno de sus bollos.

Se fue a acomodar los otros dos bollos en sus alforjitas, cuando otra vez, tun, tun, la puerta. Abrió y era una viejita toda tulenca y con cara de estar en ayunas. Le pidió una limosna y él le dio otro bollo.

Dio una vuelta por la casa, se echó las alforjas al hombro y ya iba para afuera, cuando otra vez, tun, tun, la puerta.

Esta vez era un chiquito, con la cara chorreada, sucio y con el vestido hecho tasajos y flaco como una lombriz. No le quedó más remedio que darle el último bollo.

—¡Qué caray! A nadie le falta Dios.

Y ya sin bastimento, cogió en camino y se fue a rodar tierras.

Allá al mucho andar encontró una quebrada.

El pobre Uvieta tenía un hambre que la mandaba Dios Padre, pero como no llevaba qué comer, se fue a la quebrada a engañar a la tripa echándole agua. En eso se le apareció el viejito que le fue a pedir limosna y le dijo:

—Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor, que qué querés; que le pidás cuanto se te antoje. Él está muy agradecido con vos porque nos socorriste; porque mirá, Uvieta, los que fuimos a pedirte limosna éramos las Tres Divinas Personas: Jesús, María y José. Yo soy José. ¡Conque decí vos! ¡Cómo estarán por allá con Uvieta! Si se pasan conque Uvieta arriba, Uvieta abajo, Uvieta por aquí y Uvieta por allá.

Uvieta se puso a pensar qué cosas pediría y al fin dijo:

—Pues andá decile que me mande un saco donde vayan a parar las cosas que yo deseo.

San José salió como un cachiflín para el cielo y a poco estuvo de vuelta con el saco.

Uvieta se lo echó al hombro. En esto iba pasando una mujer con una batea llena de quesadillas en la cabeza.

Uvieta dijo:

—Vengan esas quesadillas a mi saco.

Y las quesadillas vinieron a parar al saco de Uvieta, quien se sentó junto a la cerca y se las zampó en un momento y todavía se quedó buscando.

Volvió a coger el camino y allá al mucho andar, se encontró con la viejita que le había pedido limosna. La viejita le dijo:

—Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor, mi hijo, que si se te ofrece algo, se lo pidás.

Uvieta no era nada ambicioso y contestó:

—No, Mariquita, dígale que muchas gracias, con el saco tengo. Panza llena, corazón contento. ¿Qué más quiero?

La Virgen se puso a suplicarle:

—¡Jesús, Uvieta, no seas tan malagradecido! No me despreciés a mí. ¡Ajá, a José sí pudiste pedirle, y a mí que me muerda un burro!

Entonces a Uvieta le pareció muy feo despreciar a Nuestra Señora y le dijo:

—Pues bueno: como yo me llamo Uvieta, que me siembre allá en casa un palito de uvas y que quienes se suban a él no se puedan bajar sin mi permiso.

La Virgen le contestó que ya lo podía dar por hecho y se despidió de Uvieta. Este siguió su camino y encontró otra quebrada. Le dieron ganas de tomar agua y se acercó. En la corriente vio pasar muchos pececitos muy gordos. Como tenía hambre dijo:

—Vengan estos peces ya compuesticos en una salsa tan rica, que era cosa de reventar comiéndolos.

Después siguió su camino y se salió un viejito que le dijo:

—Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor que si se te ofrece algo. Él no viene en persona porque no es conveniente, vos ves... ¡Al fin, Él es quien es! ¡Que parecía que él tuviera que repicar y andar la procesión!

—Yo no quiero nada —respondió Uvieta.

—¡No seas sapance, hombre! Pedí, que en la Gloria andan con vos ten que ten. No te andés conque te da pena y pedí lo que se te antoje, que bien lo mereces.

—¡Ay, qué santico este más pelotero! —pensó Uvieta, y quería seguir su camino, pero el otro detrás con su necedad y por quitarse aquel sinapismo de encima, le dijo Uvieta:

—Bueno es el culantro, pero no tanto. ¡Ave María! ¡Tantas aquellas por unos bollos de pan! Bueno, pues, decile a Nuestro Señor que lo que deseo es que me deje morirme a la hora que a mí me dé la gana.

Pero no siguió adelante, porque quiso ir a ver si de veras le habían sembrado el palito de uvas, y se devolvió.

Anda y anda hasta que llegó, y no era mentiras: allí en el solarcito estaba el palo de uva que daba gusto. Al verlo, Uvieta se puso que no cabía en los calzones de la contentera.

Bueno, pasaron los días y Uvieta vuelto turumba con su palo de uvas. Y nadie le cachaba.

Ya todo el mundo sabía que el que se encaramaba en el palo de uva, no podía bajar sin el permiso de Uvieta.

Un día pensó Nuestro Señor “¡Qué engreidito que está Uvieta con su palo de uva! Pues después de un gustazo, un trancazo”. Y Tatica Dios llamó a la Muerte y le dijo:

—Andá jalámele el mecate a aquel cristiano que ya ni se acuerda que hay Dios en los cielos por estar pensando en su palo de uvas.

Y la Muerte, que es muy sácalas con Tatica Dios, bajó en una estampida. Llegó donde Uvieta y tocó la puerta. Salió el otro y se va encontrando con mi señora. Pero no se dio por medio menos y como si la viera todos los días, le dijo:



—¡Adiós trabajos! ¡Y eso, qué anda haciendo, comadrita?

—Pues que me manda Nuestro Señor por vos.

—¿Idiay, pues no quedamos en que yo me iría para el otro lado cuando a mí me diera la gana?

—No sé, no sé —contestó la Muerte—. Donde manda capitán no manda marinero.

“¡Ay! Como no se le vaya a volver la venada careta a Nuestro Señor”. Pensó Uvieta.

—Bueno, comadrita, pase adelante y se sienta mientras voy a doblar los petates.

La Muerte entró y Uvieta la sentó de modo que viera el palo de uvas que estaba que se venía abajo de uvas. ¡Aviaos que no le fueran a dar ganas de probarlas! La Muerte al verlo no pudo menos que decir:

—¡Qué hermosura, Uvieta!

Y el confisgao de Uvieta que se hacía el que estaba doblando los petates, le respondió:

—¿Por qué no se sube, comadrita, y come hasta que no le quepan?

La otra no se hizo de rogar y se encaramó.

Verla arriba Uvieta y comenzar a carcajearse como un descosido, fue uno.

—Lo que el sapo quería, comadrita —le gritó—. A ver si se apea de allí hasta que a mí me dé mi regalada gana.

La Muerte quería bajar, pero no podía, y allí se estuvo y fueron pasando los años y nadie se moría. Ya la gente no cabía en la Tierra,

y los viejos caducando andaban dundos por todas partes, y Nuestro Señor como agua para chocolate con Uvieta, y recados van y recados vienen: hoy mandaba al gigantón de San Cristóbal, mañana a San Luis Rey, pasado mañana a San Miguel Arcángel con así espada:

—Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor que dejes apearse a la Muerte del palo de uva, que si no vas a ver la que te va a pasar.

Y otro día:

—Uvieta, que dice Nuetro Señor que por vida tuyita, dejes apearse a la Muerte del palo de uva.

Y otro día:

—Uvieta, que dice Nuetro Señor que no te vas a quedar rien-do, que vas a ver.

Pero a él por un oído le entraba y por otro le salía. Y Uvieta decía:

—¡Ah sí, por sapo que la dejo aparearse!

Por fin tatica Dios le mandó a decir que dejara bajar la Muerte y que le prometía que a él no se lo llevaría.

Entonces Uvieta dejó bajar a la Muerte, quien subió escupida a ponerse a las órdenes de Dios. Pero Nuestro Señor no había quedado nada cómodo con Uvieta y mandó al diablo por él.

Llegó el diablo y tocó la puerta:

—Upe, Uvieta.

Él preguntó de adentro:

—¿Quién es?

Y el otro por broma le contestó:

—La vieja Inés con las patas al revés.

Pero a Uvieta le sonó muy feo aquella voz: era como si hablaban entre un barril y al mismo tiempo reventaran triquitraques. Se asomó por el hueco de la cerradura y al ver al diablo se quedó chiquitico.

—¡Ni por la jurisca! ¡Si es el Malo! ¡Seguro que lo mandan por mí, por lo que le hice a la Muerte, ni más ni menos! ¡Ahora qué hago?

Pero en esto se le ocurrió una idea y corrió a su baúl, sacó su saco, abrió la puerta y sin dejar chistar al otro dijo:

—¡Al saco el diablo!

Y cuando el pisuicas se percató, ya estaba dentro del saco de Uvieta.

—¡Ahora sí, tío Coles —le gritó Uvieta—, vas a ver la que te vas a sacar por andar de cucharilla!

El demonio se puso a meterle una larga y una corta, pero Uvieta le dijo:

—¡Ah! Sí. ¡Que te la crea pizote! —y cogió un palo y le arrió sin misericordia, hasta que lo hizo polvo.

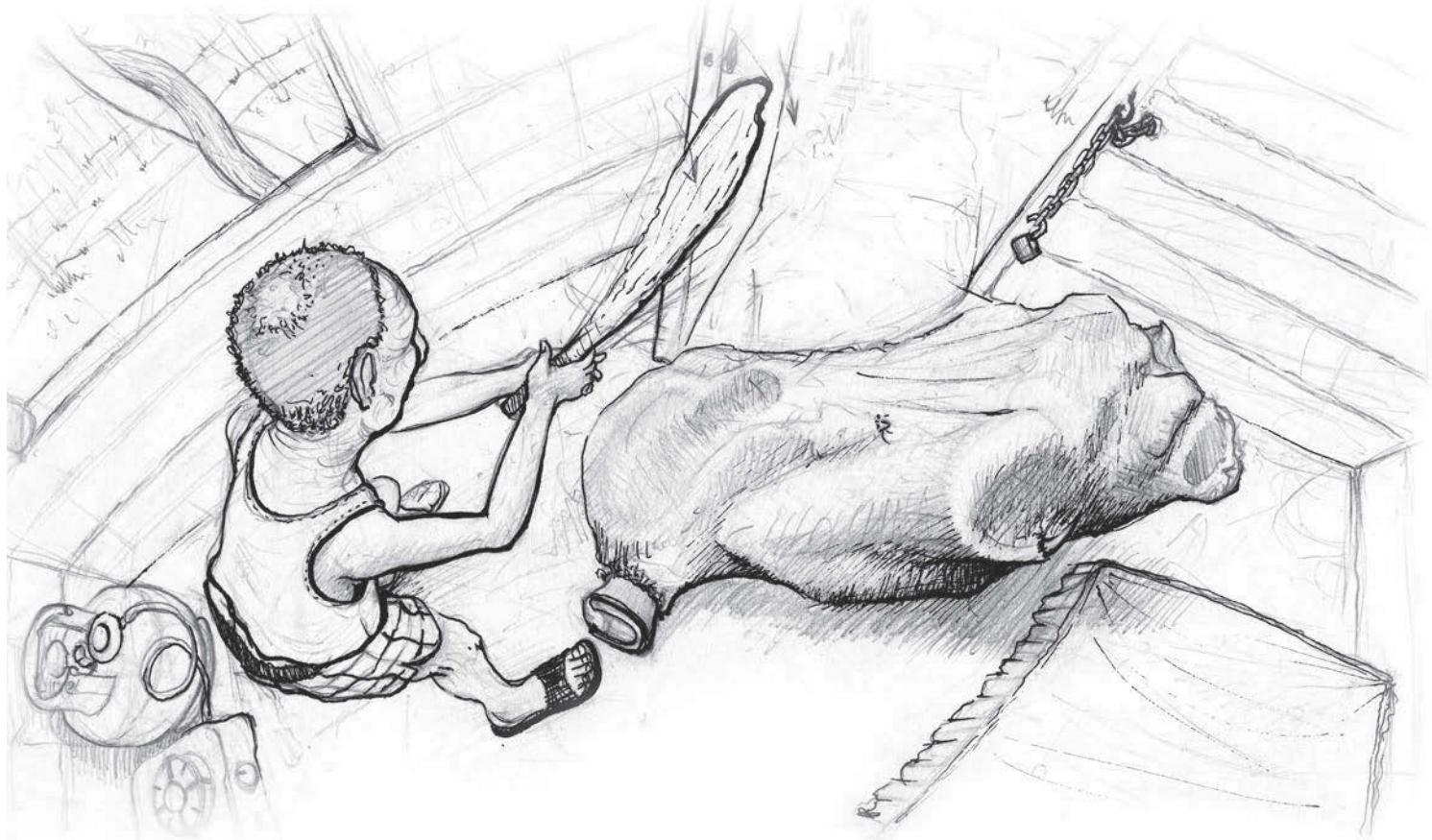
A los gritos tuvo que mandar Nuestro Señor a ver qué pasaba. Cuando lo supo, prometió a Uvieta que si dejaba de pegar al diablo, a él nada le pasaría. Uvieta dejó de dar y Nuestro Señor se vio a pa-litos para volver hacer al diablo de aquel montón de polvo.

Y el Patas salió que se quebraba para el infierno.

Ya Nuestro Señor estaba a jarros con Uvieta y mandó otra vez a la Muerte que no se anduviera con contumerias, ni se dejara tener conversona:

—Agárralo, ojalá dormido, y me lo traes. Mirá que si otra vez te dejás engañar, quedás en los petates conmigo.

A la Muerte le entró vergüencilla y siguiendo los consejos de Nuestro Amo, bajó de noche y cuando Uvieta estaba bien privado, lo cogió de las mechas, arrió con él para el otro mundo y lo dejó en la puerta de la Gloria para que allí hicieran con él lo que les diera la gana.



Cuando San Pedro abrió la puerta por la mañana, se va encontrando con mi señor de clucas cerca de la puerta y como con abejón en el buche.

San Pedro le preguntó quién era, y al oír que Uvieta, le hizo la cruz. Si no hubiera estado en aquel sagrado lugar, le hubieran dicho:

—¡Te me vas de aquí, puñetero!

Pero como estaba, y además él es un santo muy comedido, le dijo:

—¡Te me vas de aquí, que bastante le has regado las bilis a Nuestro Señor!

—¿Y para dónde cojo?

—¿Para dónde? Pues para el infierno, pero es ya, con el ya.

Uvieta cogió el camino del infierno. El diablo se estaba paseando por el corredor. Ver a Uvieta y salir despavorido para dentro, fue uno. Además atrancó bien la puerta y llamó a todos los diablos para que trajeran cuanto chunche encontraran y lo pusieran contra la puerta, porque allí estaba Uvieta el hombre que lo había hecho polvo.

Uvieta llegó y llamó, pero antes usaban llamar las gentes cuando llegaban a una casa:

—¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

Por supuesto que al oír esto, los demonios se pusieron como si les mentaran la mama.

Y allí estuvo el otro como tres días, dándole a la puerta y ¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

Como no le abrían, se devolvió. Cuando iba pasando frente a la puerta del cielo, le dijo San Pedro:

—¿Idiai, Uvieta, todavía andas pajareando?

—¿Idiai, qué quiere que haga? Allí estoy hace tres días dándole a aquella puerta y no me abren.

—¿Y eso qué será? ¿Cómo llamas vos?

—¿Yo? Pues: ¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

La Virgen estaba en el patio dando de comer a unas gallinas que le habían regalado, con el pico y las patitas de oro y que ponían huevos de oro. Cuando oyó decir:

—¡Ave María Purísima!

Se asomó creyendo que la llamaban. Al ver a Uvieta se puso muy contenta.

—¿Qué hace Dios de esa vida, Uvieta? Entre para adentro.

San Pedro no se atrevió a contradecir a María Santísima y Uvieta se metió muy orondo a la Gloria y yo me meto por un huequito y me salgo por otro para que ustedes me cuenten otro.



Juan, el de la carguita de leña

Había una vez una viejita que tenía tres hijos: dos vivos y uno tonto. Los dos vivos eran muy ruines con la madre y nunca le hacían caso, pero el tonto era muy bueno con ella y era el palito de sus enredos. Los dos vivos se pasaban en la ciudad haciendo que hacían, porque eran unos grandes vagabundos. Lo cierto es que el tonto no era nada tonto, pero como era tan bueno, lo creían tonto, porque así es la vida.

Pues, señor, un día lo mandó la anciana a la montaña a traer una carguita de leña. Él fue e hizo una buena carga, y cuando estaba rejuntando las burusquitas para que su madre no le costara encender el fuego por la mañana, se le apareció una viejita que traía una varillita en la mano. Ella le dijo:

—Mirá, Juan, aquí te traigo esta varillita de regalo. Es como un premio por lo sumiso que sos con tu mamá.

Juan preguntó:

—¿Y para qué me sirve?

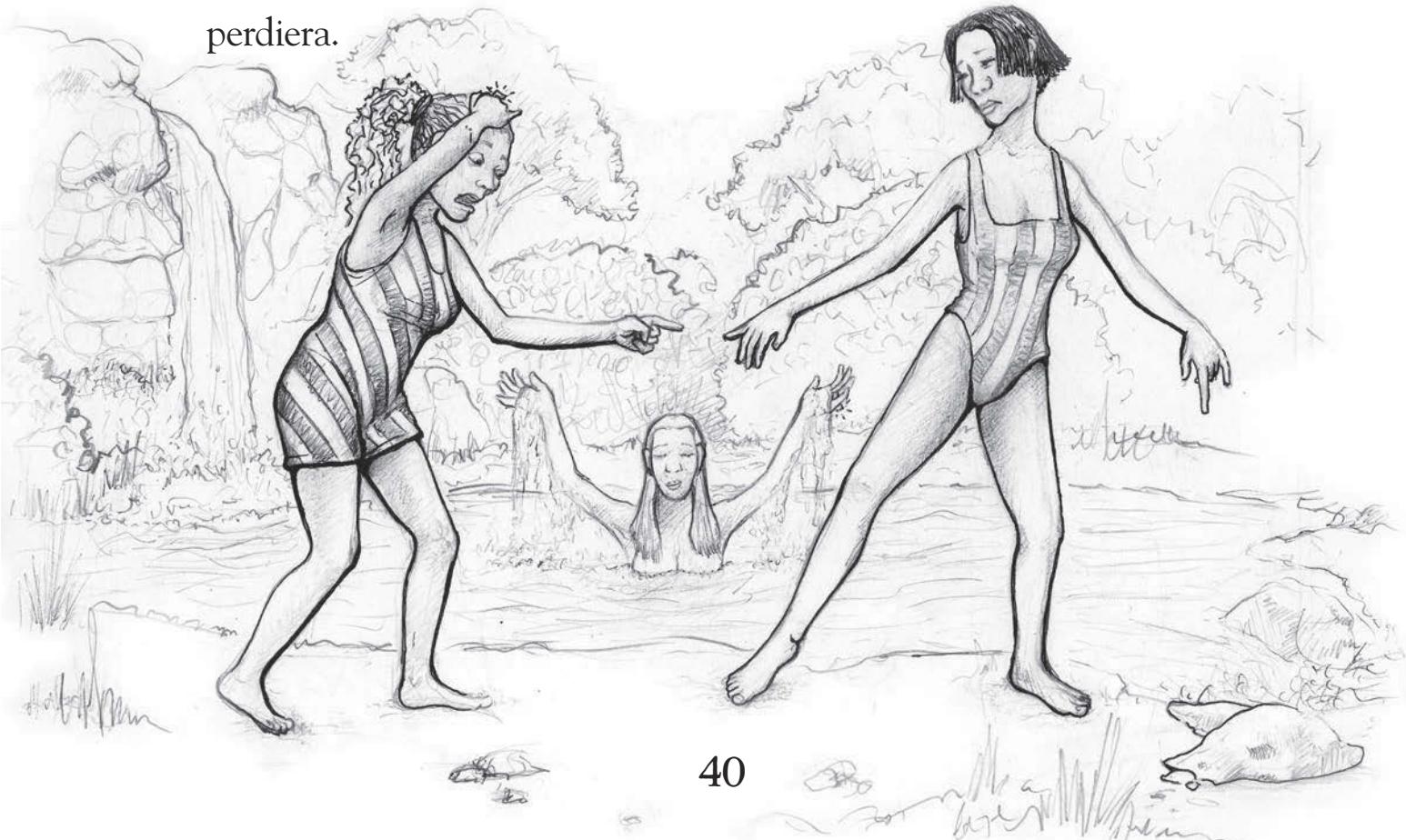
—Para todo lo que se antoje: ¿qué querés?, ¿plata? Pues a pedírsela a la varillita. Y si no, mirá: cuando estés muy cansado, vas a tocar con ella la carga de leña y al mismo tiempo le decís: “Varillita,

varillita, por la virtud que Dios te dio, que mi carguita de leña me sirva de coche y me lleve a casa”.

Así lo hizo Juan, se sentó en la carga de leña y en un abrir y cerrar de ojos estuvo en su casa.

Juan no dijo a nadie una palabra de lo que le pasara. Pero desde ese día no volvió a caminar por sus propios pies, sino que andaba para arriba y para abajo encajado en la carga de leña. Y cuando su madre o sus hermanos le preguntaban, se hacía el sordo.

Sucedió que las hijas del rey venían de cuando en cuando a bañarse en una poza que había cerca de la casa de ellos. Un día de tantos, salió la menor en un vivo llanto del baño porque se le había caído en el agua su sortija. A cada una de las niñas le había regalado el rey un anillo nunca visto, y que se encomendara a Dios la que lo perdiera.

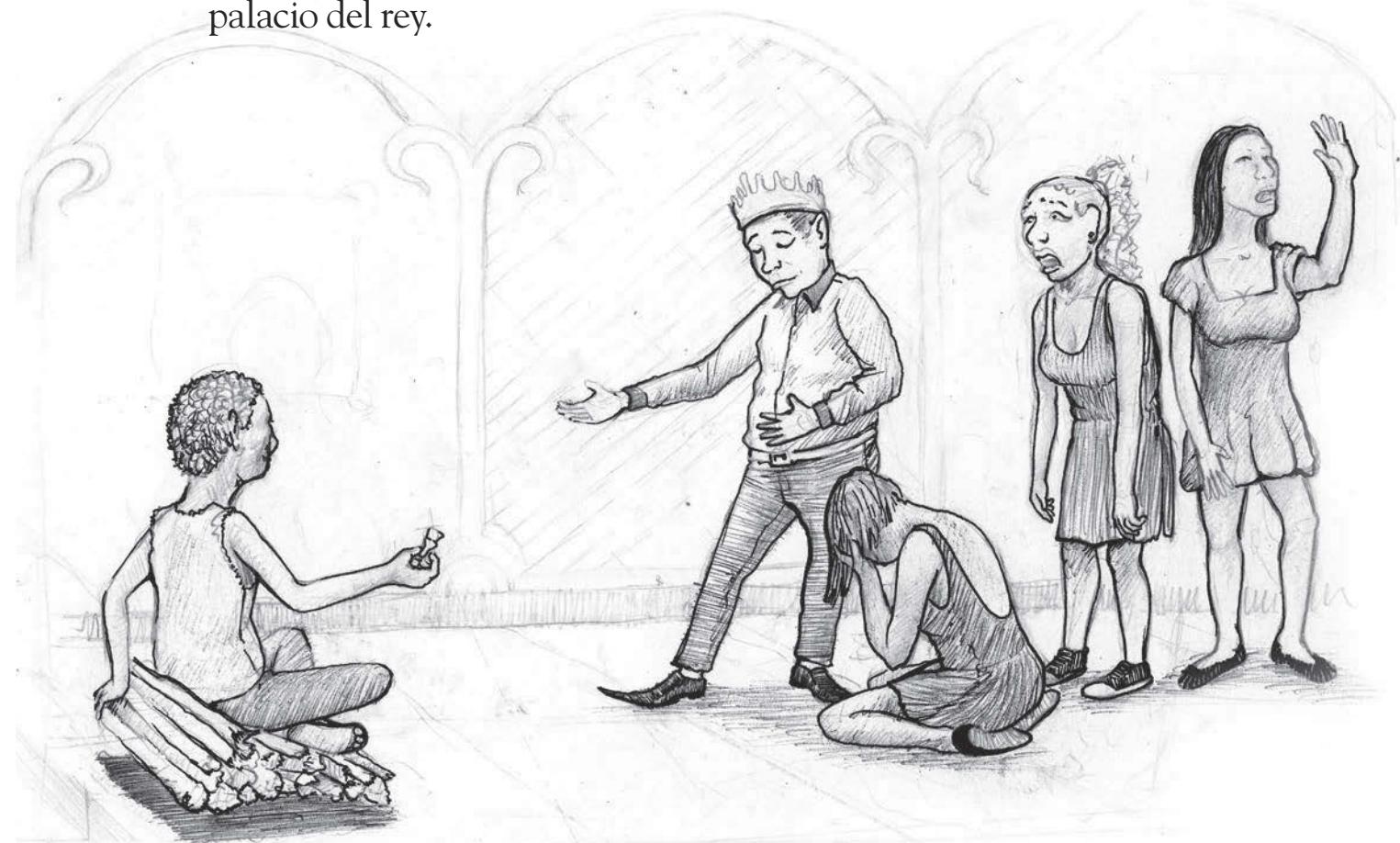


A la noche llegaron los dos vivos con el cuento de que el rey estaba que se lo llevaba la trampa, porque la menor de las princesas había perdido su sortija en la poza, y que Su Majestad había ofrecido que aquel que la encontrara, sería el marido de su hija.

Apenas amaneció, corrieron los dos vivos a buscar en la poza, pero nada. Así que se fueron ellos, llegó el tonto con su varillita, tocó el agua y dijo:

—Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dio, reparame la sortija.

Y de veras, la sortija salió y se ensartó en la varillita. La guardó, tocó con su varillita la carga de leña, y pidió que esta lo llevara al palacio del rey.



Cuando estuvo ante la puerta, los soldados que estaban de centinelas, lo cogieron de mingo, y por supuesto, no querían dejarlo entrar.

Pero el tonto armó un alboroto. El rey oyó y mandó a ver qué era aquella samotana y al saberlo ordenó que lo dejaran pasar.

Y fue subiendo escaleras arriba, arrodajado en su carga de leña y así entró en el salón, en donde estaba el rey con toda su corte. Bajó de su vehículo alguillo chillado, sacó la sortija de su bolsa y dijo:

—Señor rey, aquí traigo la sortija de la niña, y a ver en qué quedamos de casamiento.

Todos al verlo entrar, reían a carcajadas y al oír sus pretensiones, quisieron echarlo a broma y a decir que la miel no se había hecho para los zopilotes. Pero cuando oyeron al rey decir que estaba dispuesto a cumplir lo prometido, se quedaron en el otro mundo.

La pobre princesa comenzó a hacer cucharas y por último soltó al llanto.

Las tres niñas se tiraron de rodillas ante su padre y se pusieron a rogarle, pero él les dijo:

—Yo di mi palabra de rey y tengo que cumplirla.

Luego cogió a su hija menor por su cuenta y se puso a aconsejarla con muy buenas razones, porque este rey no era nada engreído:

—Vea, hijita, a nadie hay que hacerle ¡che! en esta vida. No hay que dejarse ir de bruces por las apariencias. ¡Quién quita que le salga un marido nonis! Y en esta vida, uno se hace ilusiones de que porque a veces se sienta en un trono es más que los que se sientan en

un banco. Pues nada de eso, criatura, que solo Cristo es español y Mariquita señora...

Y por ese camino siguió calmando a su hija, pero ella como si tal cosa, no dejaba su llanto y sus sollozos, porque no hallaba cómo casarse con aquel hombre tan infeliz. Y cuando recordaba que había entrado en el salón sobre una carga de leña y que todos se esmorecieron de la risa, sentía que se le asaba la cara de vergüenza.

Pero no hubo remedio y llegó el día del casorio.

La madre y los hermanos del tonto estaban en ayunas de la que pasaba.

Bueno, pues llegó el día del casorio, que sería a las doce del día en la catedral. El tonto salió como si tal cosa, montado en su carga de leña, pero al ir a entrar en la ciudad, tocó la carga con su varita y dijo:

—Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dio, que la carga de leña se vuelva un coche de plata, con unos caballos blancos que nunca se hayan visto, y yo un gran señor muy hermoso y muy inteligente.

Y la carga de leña se transformó en una carroza de plata, y él, en un gran señor.

Cuando la gente vio detenerse aquella carroza frente al palacio y bajar aquel príncipe tan hermoso se quedó con la boca abierta.

La princesa estaba en un rincón y no tenía consuelo. Hasta fea estaba, ella que era tan preciosa, de tanto llorar: con los ojos como chiles y la nariz como un tomate.

¡Ay, Dios mío!, ¡qué fue aquello! De pronto entra un príncipe muy hermoso, la coge de una mano, se la lleva y la mete en una carroza de plata. Sale la carroza que se quiebra para la catedral y allí los casa el señor obispo. Vuelven al palacio y ¡qué bailes y qué fiestas!

La princesa no sabía si estaba dormida o despierta. Cuando comenzó el baile, ella bailó con su marido y todo el mundo les hizo rueda, y no tanto por admirarla a ella como a él.

Las otras dos princesas que se habían burlado antes del triste novio y de su carga de leña, estaban ahora con su poquito de envidia y no hallaban en dónde ponerlo. Y todo el mundo: ¡Juan arriba y Juan abajo!

Juan se fue a un rincón, sobó su varillita y le dijo:

—Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dio, que la casilla de nosotros se vuelva un palacio de cristal y mi madre una gran señora.

Y así fue: la viejita estaba en la cocina en pleitos con el fuego y echando de menos a Juan, que de unos días para acá se le había vuelto muy pata caliente, cuando oyó un ruidal y como que se mareaba: al volver en sí, se vio en una gran sala de cristal con muebles dorados y ella sentada en un sillón, vestida de terciopelo y abanicándose con un abanico de plumas; a su alrededor una partida de sirvientes que se querían deshacer por sonarle la nariz, por abanicarle y hasta por llevarla en silla de manos allá fuera. Por todas partes salían y entraban criados muy atareados. De pronto oyó ruidos de

coches, y en la sala vecina comenzó a tocar una música que era lo mismo que estar en el cielo.

Por último, ve entrar a una pareja, como quien dice un rey y una reina... Ambos le echaron los brazos y la voz de Juan que dice:

—Mamita, aquí tiene a mi esposa —y más atrás venían el rey, la reina, las princesas y cuanto marqués y conde había en el país.

Allá al anochecer, estaba la fiesta en lo mejor, llegaron los hermanos que andaban de parranda.

Juan los encerró en un cuarto, y otro día cuando estuvieron frescos, les contó lo que pasaba y que si se formalizaban, los casaba con las otras princesas. De veras, ellos se formalizaron y se casaron. Juan y su esposa fueron reyes y todos vivieron muy felices.





Escomponte perinola

Había una vez un hombre muy torcido, muy torcido. Parecía que el tuerce lo hubiera cogido de mingo. Como era más torcido que un cacho de venado, le pusieron el apodo de Cacho de Venado y así todo el mundo le llamaba Juan, “Cacho e’ Venao”; pero con el tiempo, por abreviar, solo le decían, Juan Cacho.

Creyendo hacer una gracia, se casó, pero la paloma le salió un sapo, porque la mujer tenía un humor que solo el santo Job la podía aguantar. Parecía que el pobre Juan Cacho se hubiera puesto expresamente a buscar con candela la mujer más malgeniosa del mundo.

Para alivio de males era peor que una cuila para tener hijos. Y no echaba las criaturas al mundo como Dios manda, sino que cada rato salía mi señora con guápiles. En un momento se llenaron de chiquillos. ¡Y había que ver lo que era mantener aquella marimba!

Luego, con ese tuerce, era rara la semana que Juan podía salir adelante, porque nada más que pichuelos era lo que encontraba. Y no era que el hombre de Dios fuera un atenido de esos que les gusta pasar la vida rascándose la panza. No, sí era amigo de gurrugear el real por todo.

Él lo mismo le hacía a una cosa que a otra, y todo sabía hacer: él encalaba, él cogía goteras, él desyerbaba, él metía y picaba leña, él remendaba ollas, él jalaba diarios, él para hacer barbacoas a las matas de chayote, él para sacar raíces. ¿Que un remiendo de albañil? Allí estaba Juan Cacho. ¿Que componer una cumbre? Allí estaba Juan Cacho.

En fin, él hacía lo que podía, pero nunca quedaba bien con aquella fierísima de su mujer.

Había que ver las samotanas que le armaba los sábados, cuando llegaba con la mantención escasa... ¡Válgame Dios! La mujer le tiraba las cuatro papas y los frijolillos, el maicillo y la tapilla de dulce.

Los chiquillos eran enfermizos, llenos de granos, sucios y con el ejemplo que les daba la mama, también malcriados con el tata.

Por fin un día se le llenó la cachimba, como dicen, y no quiso aguantar más.

Echó sus cuatro chécheres en un saco y se fue a rodar tierras.

De camino se ganó unos rialitos y compró, para matar el hambre, un diez de pan y quince de salchichón. Anda y anda, le agarró la noche en despoblado y de ribete comenzó a llover. Se metió en un rastrojo de donde quedaba en pie una media agua de cañas y hojas. Encendió un fogón para calentarse, se arrodajó en el suelo y sacó de su morral el pan y el salchichón, dispuesto a no dejar ni una borona.

Iba a echarse el primer bocado, cuando oyó que le dijeron:

—¡Ave María Purísima!

Levantó los ojos y va viendo un viejito todo tulenquito hecho un pirrís, apoyado en un bordón. Tenía cuatro mechas canosas y una barilla rala y todo él inspiraba lástima. Al viejito se le iban los ojos detrás del pan y del salchichón.

—¡Sea por Dios! —Y Juan Cacho tenía tanta hambre—. Pero, ¡qué caray!, donde hay para uno hay para dos. Aquí hay pa' juntos, amigo —dijo Juan Cacho al viejito.

El viejito no se hizo de rogar; se arrodajó también en el suelo y se puso a comer con una gana, que se veía que hacía su rato no probaba bocado. Y si Juan Cacho no se anda listo, no lo deja a oscuras.

Así que comieron y medio se calentaron, se echaron a dormir sobre la hojarasca.

Cuando comenzaron las claras del día, despertó Juan Cacho y vio al viejito dispuesto a darle agua a los caites. Hacía un frío que no se aguantaba. ¡Ah!, ¡un jarro de café bien caliente! —pensó Juan.

El viejito, como si le estuviera leyendo el pensamiento, le dijo:

—Hombre, ¿te gustaría tomar una taza de café acabadito de chorrear? —por supuesto que con eso no hizo más que alborotarle las ganas. El viejito se fue sacando de la bolsa una servilleta blanquitica que daba gusto. No parecía que entre el montón de chujicas que era el viejo, pudiera haber un trapo tan limpio.

—Toma —le dijo— te voy a hacer este regalo.



—¿Y para qué quiero yo esto? —pensó Juan Cacho—. Será para limpiarme el hambre de la boca...

Como si hubiera oído esta reflexión, el viejito le respondió:

—No creas, hijo. Esta es una servilleta de virtud. Te la doy para premiarte tu buen corazón. Me diste la mitad de lo que tenías. Yo sé que te quedaste con hambre por mí.

Juan se quedó viendo a su huésped y se puso en un temblor cuando se dio cuenta de que ya no era un viejito tulenquito, con una barbilla rala y cuatro mechas canosas, cubierto de chuicas, sino Tatica Dios en persona, envuelto en resplandores. Juan se puso de rodillas y le rezó el Bendito Alabado. El Señor le dijo:

—Extendé la servilleta en el suelo y decí: “Servilletica, por la virtud que Dios te dio, dame de comer”.

Entonces la servilleta se hizo un gran mantel y sobre él apareció una gran cafetera llena de café caliente y aromático; un piñel lleno de postrera amarillita y acabada de ordeñar; un cerro de tortillas de queso, doradas, de esas que al partirlas echan un vaho

caliente que huele a la pura gloria y que al partirlas hacen hebras; un tazón de natilla; bollos de pan dulce con su corteza morena, de los que se esponjan al partirlo y se ven amarillos de huevo y de aliño; tarritos de jalea de membrillo y de guayaba; pollos asados, frutas, en fin, tanta cosa que sería largo de enumerar.

Cuando Juan volvió a ver, ya Tatica Dios no estaba allí. Juan estaba muy asustado con la aparición, pero pudo más el hambre y se puso a comer todas aquellas ricuras con las que jamás había soñado su imaginación de pobrecito.

Cuando terminó, todavía quedaban viandas como para una semana. Recogió la vajilla que era de oro y plata y de la más fina porcelana y puso todo lo que pudo en su saco, porque no creía que la cosa se repitiera. Luego se guardó la servilleta.

Allá de camino, por tantear, la volvió a extender sobre el zacate y dijo:

—“Servilletica, por la virtú que Dios te dio, dame de comer”.

Y otra vez apareció un banquete que se lo hubieran deseado los obispos y los reyes. Lo que hizo fue que en el primer rancho que encontró, avisó para que fueran a recoger todo aquello.

Juan Cacho pensó en sus chiquillos hambrientos, y a pesar de lo malcriados que eran, y de su mujer, creyó que su deber era volver adonde ellos y darles de comer. Y se puso a imaginarlos sentados alrededor de un banquete como los que había tenido enfrente. Lo que voy a hacer, pensó, es no dejarlos comer mucho, para que no se empachen.

Al anochecer llegó a un sesteo. Bajo un gran higuerón y sentados alrededor de una gran fogata, había muchos boyeros y hombres que venían arreando ganado. Estaban tomando café que le habían comprado al dueño del sesteo. La verdad es que lo que vendía este hombre no era café, sino agua chacha. Entonces Juan Cacho les dijo:

—Boten esa cochinada y van a probar lo que es café. ¡Y no van a tomar café vacío!...

Diciendo y haciendo, extendió en el suelo su servilleta y dijo: "Servilletica, por la virtú que Dios te dio, danos de comer". Y aparecieron el café, y la postrera y la natilla y los pollos asados y vinos y las sabrosuras. Toda aquella gente acostumbrada a arroz, frijoles y bebida, no se atrevían a tocar los ricos manjares.

Juan les dijo:

—¡Ideay, viejos, aturrícenle, que ahora es tiempo!

Los arrieros no se hicieron de rogar. A poquito rato se les había subido los tragos y aquello era parranda y media.

El dueño del sesteo era lo que se llama un hombre angurriento, de los que no pueden ver bocado en boca ajena, y en cuanto se dio cuenta del tesoro que era aquella servilleta, le echó el ojo.

Apenas vio que Juan Cacho se había dormido, le sacó la servilleta y le puso otra en su lugar. Y Juan, que había caído como una piedra, tan rendido estaba, y que además andaba medio tuturuto con los tragos que se había tomado, no sintió nada.

Antes de amanecer, se levantó Juan Cacho ya fresco, se cercioró de que tenía la servilleta entre la bolsa y cogió para su casa. De camino se iba haciendo ilusiones, de la sorpresa que les iba a dar a su mujer y a sus chiquillos; de lo mansita que se le iba a poner la alacrana de su esposa y se imaginaba a cada una de sus criaturas con un pollo asado en la mano.

Cuando llegó a su casucha, entró muy orondo, dándose aire de persona quitada de ruidos.

En cuanto lo vio la chompipona de su mujer comenzó a insultarlo; pero él no le hizo caso y se fue derecho al fogón, y destapó la olla que tenía en el fuego. Al ver que lo que había en la olla eran cuatro guineos bailando en agua de sal, se echó a reír y los tiró a medio patio. La mujer y los chiquillos creían que el hombre se había chiflado.

—¡Van a ver lo que les traigo de comer! —les dijo—. En cambio de esa cochinada que tenían en el fuego, les voy a dar pollos, chompipes, vino y dulces, de caer sentados comiendo.

Y ‘ñor aquel cogió los cuatro chunches que tenían sobre la mesa renca, los tiró por donde primero pudo; se sacó de la bolsa la servilleta; con mil piruetas la extendió sobre la mesa y, echándose para atrás, gritó: “Servilletica, por la virtud que Dios te dio, danos de comer”. ¡Y nada!...

Juan Cacho se quedó más muerto que vivo. ¡María Santísima! ¿Qué era eso? ¿Será que no le había oído la servilleta? Volvió a repetir. ¡Y nada! ¡Lo habría cogido de mona Tatica Dios?

No podía ser. Él no es de esos que cogen de mona a nadie. ¡Pues, y esto qué era?

Entre tanto la mujer había vuelto a coger los estribos: agarró un palo de leña y se lo dejó ir con toda alma, que si no se agacha el hombre, le parte la jupa por la pura mitad. Y no fue cuento, Juan Cacho tuvo que salir por aquí es camino, mientras el culebrón y los chacalincillos le gritaban improperios.

Bueno, Juan Cacho quiso ir a darle las quejas a Tatica Dios, de lo que le había pasado y se puso al caite, camino del lugar en donde se lo había encontrado. Llegó al anochecer, sin haber probado bocado y con abejón en el buche. Encendió un fogón y se sentó a esperar. Allá, al mucho rato, de veras fue llegando Nuestro Señor con un borriquito de diestro.

—¿Ideay, hijo, qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

A Juan se le pegó el nudo.

—¿Que qué estoy haciendo?... ¡Pero mi Señor Jesucristo, si vos debés saberlo! Lo que es la tal servilleta, en mi casa no me sirvió sino para ponerme en vergüenza. Va de decile y decile y lo que hizo esta piedra, hizo ella. De allí salí que deseaba me tragara la tierra... Había que ver a mi mujer que es más brava que un solimán, después, que le tiré los guineos al patio...

—¡Oh, Juan —le dijo Nuestro Señor—, vos sí que sos sencillo! En fin, aquí te traigo este borriquito... A ver, extendé en el suelo ese saco que traes.

Juan lo extendió.

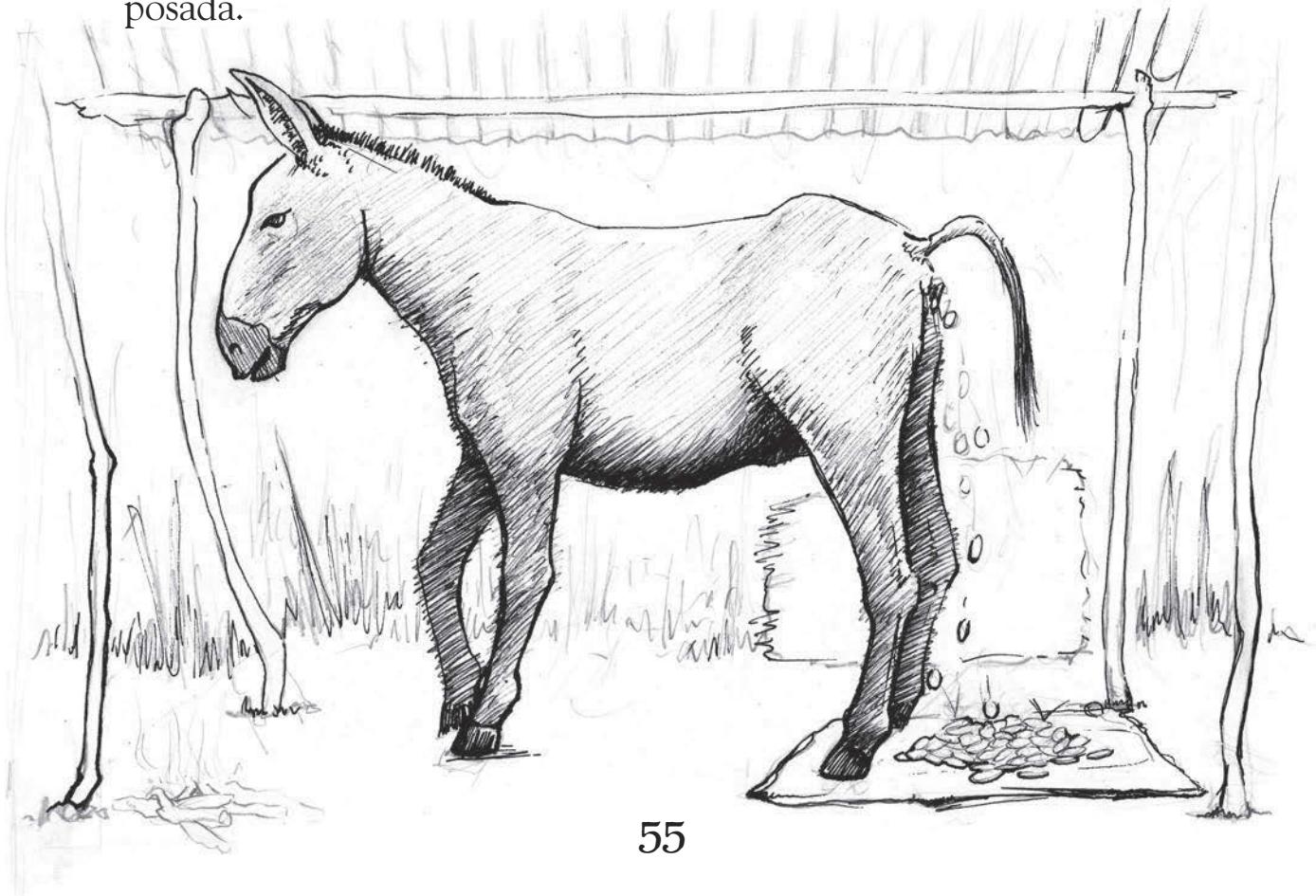
—¡Ppp, ppp! —hizo el Señor, animando al borriquito para que se parara sobre el saco.

Cuando la bestia se colocó sobre el saco, Tatica Dios ordenó a Juan que fuera repitiendo con él lo que decía:

—Borriquito, por la virtud que Dios te dio, repárame plata —no lo habían acabado de decir, cuando el animal se puso a echar monedas por el trasero; monedas en vez de estiércol.

¡Ay, Dios mío!, ¿qué era aquello?

Cuando Juan levantó los ojos para ver a Tatica Dios, ya este había desaparecido. Juan se puso a bailar en una pata de la cunetera y no aguardó razones, sino que cogió el camino de vuelta. Cuando pasó por el sesteo, se sintió muy rendido y entró a pedir posada.



Apenas lo vio el dueño, se quedó chiquitico, pensando que el otro venía a reclamarle.

—¡Hola, compadrito! ¡Dichosos ojos! ¡Y qué viento lo trae por aquí?

Y Juan, que no tenía pringue de malicia, le soltó:

—¡Viera, viejo, lo que traigo! ¡Esto sí que es cosa buena! Vamos y tráigame una cobija o un trapo y va a ver usté...

El hombre no se hizo rogar y cogió un pedazo de mantalona que estaba a mano. Juan hizo que el burro se colocara encima de la mantalona y dijo:

—Burriquito, por la virtú que Dios te dio, repárame plata.

Y al momento estaba el burro echando monedas de oro por el trasero, en vez de estiércol.

Al hombre casi le da una descomposición del susto de ver aquel gran montón de monedas de oro. Y al momento se puso a pensar que este burro tenía que ser de él.

Lo primero que hizo fue darle guaro a Juan para que se almadeara; luego lo llevó a acostarse. Pero en medio de la soca que se tenía, el pobre Juan no perdía del todo el sentido y no soltaba el mecate con que llevaba amarrado el burro. Al fin del cuento se privó y entonces el otro aprovechó la oportunidad para quitarle el burro y cambiárselo por otro muy parecido.

Al día siguiente muy de mañana, se puso Juan camino de su casa. Como estaba de goma y él de por sí no era muy observador, no se fijó en que le habían cambiado el animal.

Bueno, el caso es que llegó a la casa y se metió con todo y burro. Como se sentía muy seguro, no hizo caso de los denuestos con que lo recibió la gallota de su mujer. Juan se fue derechito a la cama, quitó la cobijilla colorada llena de churretes de candelas con que todavía estaban cobijados los chacalincillos, la tendió en el suelo e hizo que el burro se encaramara sobre ella. Luego gritó entusiasmado:

—Burriquito, por la virtú que Dios te dio, repáranos plata.

¡Y nada! Volvió a decirle y nada. ¡Ayayay! ¡Qué era esto, María Santísima?

Otra vez le gritó:

—Burriquito, que por la virtú que Dios te dio repárame la plata.

Y lo que hizo el animal fue una buena gracia sobre la cobija. Por supuesto que eso fue el colmo. La mujer le tiró encima los tizones y luego los chiquillos cogieron los cagajones del burro y lo agarraron a cagajonazos.

Al pobre Juan le faltaron pies para salir corriendo. Y, lejos, se sentó a recapacitar. ¿Pues y esto qué será? ¿Será que Tatica Dios de veras se había querido burlar de él? No podía ser, Nuestro Señor no es de bromas, y menos con un triste como él. Entonces decidió volver allá arriba, al lugar en donde se le había aparecido. Quién quita que se le apareciera otra vez y le pusiera en claro aquello...

Juan volvió a tomar el camino, anda y anda. Por fin llegó, ya oscureciendo, cansado, con hambre y todo achucullado. ¡Qué hombre más torcido era él, que hasta con Tatica Dios le iba mal!

Se sentó, y no fue cuento, sino que largó el llanto, allí en la soledad, donde nadie lo podía ver.

—Hombre, Juan, ¿qué es eso?

Levantó los ojos y allí estaba Tatica Dios en persona, con un saco a la espalda, mirándolo, entre malicioso y compasivo.

—¿Y eso qué es, Juan? ¿Mariqueando como las mujeres? —se veía que le quería meter ánimo.

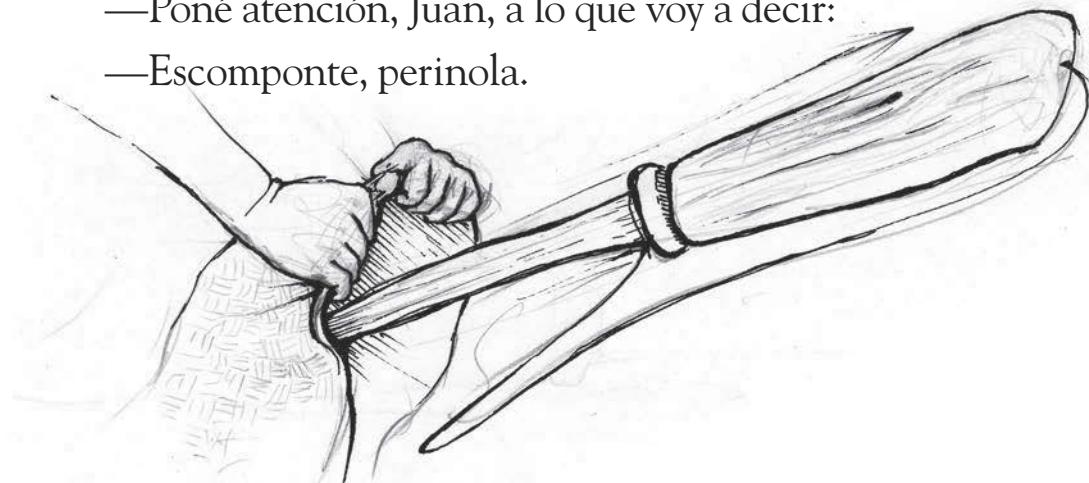
—¿Pues no ves, Señor mío Jesucristo, que con el burro también me fue mal? Mientras la cosa era afuera, funcionaba muy bien, pero en cuanto llegué a mi casa, y había que enfrentarse a mi mujer, ¡adiós mis flores!... Lo que hizo fue una gracia en la cobija, y entre la mujer y los chiquillos me cogieron a cagajonazos. Y si no me las pinto, me matan.

—Pues, hijo, yo lo que encuentro es que vos no te das a respetar de tu mujer ni de tus hijos, y eso va contra la ley de Dios. Allí quien debiera tener los pantalones es tu mujer. Bueno es culantro, pero no tanto —dijo—. Bueno es que seas paciente, pero no hasta el extremo. Vos debés amarrarte esos, Juan, si no querés que tus hijos acaben por encaramársete encima y tu mujer te ponga gruera. Y mirá, muchacho, hay que tener su poquito de malicia en la vida, si no querés salir siempre por dentro. Vos sos muy confiado con todo el mundo; crees que todos son tan buenos como vos, ¡y qué va! Ese hombre del sesteo te ha jugado sucio, hombre de Dios, y... No te digo más. Aquí te traigo, para ver si sabés sacarle partido.

Tatica Dios abrió el saco y sacó tamaña perinola que más parecía garrote que otra cosa.

—Poné atención, Juan, a lo que voy a decir:

—Escomponte, perinola.



Y la perinola salió del saco y comenzó a arriarle a Juan sin misericordia.

—¡Ay, ay, ayayay! —gritaba Juan—. ¡Ideay, Señor, tras dao, meniao? Me arrea mi mujer y vos también, Señor. Qué esperanza me queda. ¡Ayayay!

Nuestro señor dijo:

—Componte, perinola.

Y la perinola se metió muy docilita entre el saco, como si tal cosa.

—Es para que aprendás, Juan, a no dejarte. Es la última vez que te meto el hombro. Y si con esta no entendés, no tenés cuándo, y mejor es que me dejés quieto. Yo no te digo que no seas bueno con tu prójimo, pero tampoco te dejés, porque eso es dejar lugar a que el egoísmo se extienda como una mata de ayote. Y no volvás por aquí, Juan, y no te dejés.

Juan oyó el sermón muy humildito, con los ojos bajos, se le había abierto como una hendija en los sesos y ahora iba comprendido... Tenía razón Tatica Dios. Estaba bueno lo que le había pasado, por tonto. Sí, quién veía al dueño del sesteo tan labioso. Claro, para mientras se lo tiraba. Pero ahora que se encomendara. Y que se alistara su mujer, y que los chiquillos se fueran ensebando las nalgas. Y Juan Cacho se echó el saco a la espalda y comenzó a bajar la cuesta muy decidido, a grandes pasos. Llegó al sesteo y salió el hombre hecho una aguamiel, sin saber si el otro venía a reclamarle o a dejarle otra cosita.

—¡Hola, compadrito! ¡Dichosos ojos! Pase adelante, debe estar muy cansadito. Voy a llamar a mi mujer para que me le aliste aunque sea un plato de arroz y frijoles.

Juan Cacho no se hizo de rogar y se sentó a comer con el saco a un lado. El hombre estaba con una gran curiosidad de saber qué traía el otro en el saco.

—¿Ideay, compadrito, no trae por ahí alguna novedad de las que usted acostumbra?

Juan se le acercó y le dijo bajito:

—Sí, mi estimado, pero es un gran secreto. Vamos para allá adentro a un cuarto donde nadie nos oiga. Y advierta a su mujer y a su familia que oigan lo que oigan, no se asomen, porque entonces todo se nos echa a perder.

De veras, el otro se fue allá adentro y le advirtió a todo el mundo que nadie se acercara al cuarto, oyera lo que oyera. Y dijo a su mujer, guiñándole un ojo:

—Voy a ver si hago con ‘ñor aquel otro negocito como el de la servilleta y el del burro. Ya vos sabés. Ve que nadie se acerque, ya te lo advierto. Si la cosa sale mal por tu culpa, por no cuidar bien para que no se acerquen, vos me la pagarás.

Se fueron para el cuarto y se encerraron con llave. Juan fue abriendo poquito a poco el saco, y el otro hombre con una curiosidad... Estiraba el pescuezo para ver qué tenía entre el saco y parecía que tenía baile de San Vito y quería meter la mano.

—¡Che!, no se asome, viejo, porque entonces no resulta —le advertía Juan, abriendo poquito a poco el saco.

—¿Y dígame, compadrito —preguntó Juan Cacho—, cómo le ha salido el burriquito?

—¿Cuál burriquito? —preguntó el otro sobresaltado.

—Pues el burriquito... Usté sabe. ¡Y la servilletica, le ha servido de algo?

—No sé de qué me está hablando.

—Conque no lo sabe? Pues le voy a enseñar.

Y Juan puso la boca del saco en dirección del hombre y gritó:

—¡Escomponte, perinola!

La perinola que parecía un garrote, salió del saco disparada y comenzó a arriarle al hombre sin misericordia y le dio tal garroteada que lo dejó negrito de cardenales. El hombre gritaba pidiendo

socorro, pero como había advertido a la familia que oyeran lo que oyeran, no se asomaran, nadie acudió a su auxilio.

Juan Cacho le preguntó:

—¿Sabés ahora de cuál servilleta y de cuál burro te hablo?

—¡Sí sé! ¡Sí sé! —gritaba el hombre—, y ahoritica mismo te los devuelvo, pero ve que ese garrote no me pegue más.

—Cuando me devolvás mis cosas, entonces...

La servilleta y el burro le fueron devueltos. Cuando Juan Cacho se convenció de que eran los legítimos, se montó en su burro y con la servilleta entre la bolsa y el saco de la perinola al hombro, cogió camino para su casa. El hombre del sesteo se quedó en un quejido y su cuerpo parecía el de un crucificado.

Juan llegó a su casa. Apenas lo divisó su mujer, le gritó:

—¿Ya venís, poca pena? Vení acá y te contaré un cuento, gran atenido, que solo servís para echar hijos al mundo y después no sabés mantenerlos. Y no te bastá venir solo, sino que también traes el burro. De las costillas te voy a sacar mi cobija, gran tal por cual...

¡Ave María! La mujer parecía un toro guaco. Y los chiquillos malcriados, haciéndole segunda. Juan Cacho no hizo caso y, tun tun, se metió en la casa, como si no fuera con él. La mujer y los chiquillos se metieron también insultándolo, Juan abrió el saco y cuando su mujer le iba a zampar ya la mano, gritó:

—¡Escomponte, perinola!

Y salió la perinola a cumplir con su deber y a darle a aquella alacrina. Hasta que sonaban los golpes: pan, pan... Y la mujer gritaba y gritaba pidiéndole auxilio.



De cuando en cuando, la perinola les daba a probar también a los gulas que se habían metido debajo de la cama. Los vecinos acudieron, y como no les abrían, echaron la puerta abajo y también salieron rascando.

A la mujer, a punta de garrote, se le había bajado la cresta y muy humildita se puso a pedirle perdón a Juan y a decirle que no lo volvería a hacer, que en adelante iba a ser otra cosa.

Juan se compadeció y gritó:

—¡Componte, perinola!

Y la perinola que parecía un garrote se metió muy docilita en el saco. Había que ver las chichotas y cardenales que tenían en el cuerpo la madre y los hijos. Juan se paseaba muy gallo por entre aquellas palomitas y corderitos, que le miraban con toda humildad.

—Ahora, a comer —ordenó Juan, y extendió sobre la mesa renca la servilletica.

—Servilletica, por la virtú que Dios te dio, danos de comer.

Y la servilletica se volvió mantel y se cubrió de viandas exquisitas. Todos comieron y se chupaban los dedos. Juan mandó a repartir entre la vecindad y todavía quedó.

Enseguida cogió la cobija, la tendió en el suelo y dijo:

—Burriquito, por la virtú que Dios te dio, repáranos plata.

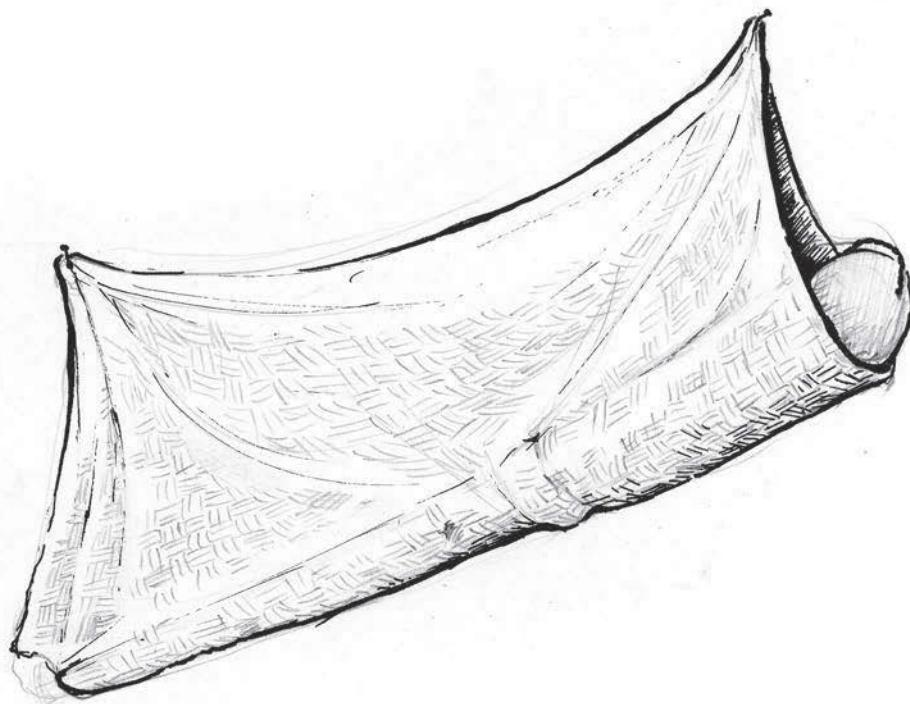
Y la bestia echó por el trasero, no cagajones, como la vez pasada, sino monedas de oro. Después de eso la mujer tuvo que coger cama ocho días, tan mal parada había quedado con la garroteada; pero allí en la cama, mi señora parecía una madejita de seda.

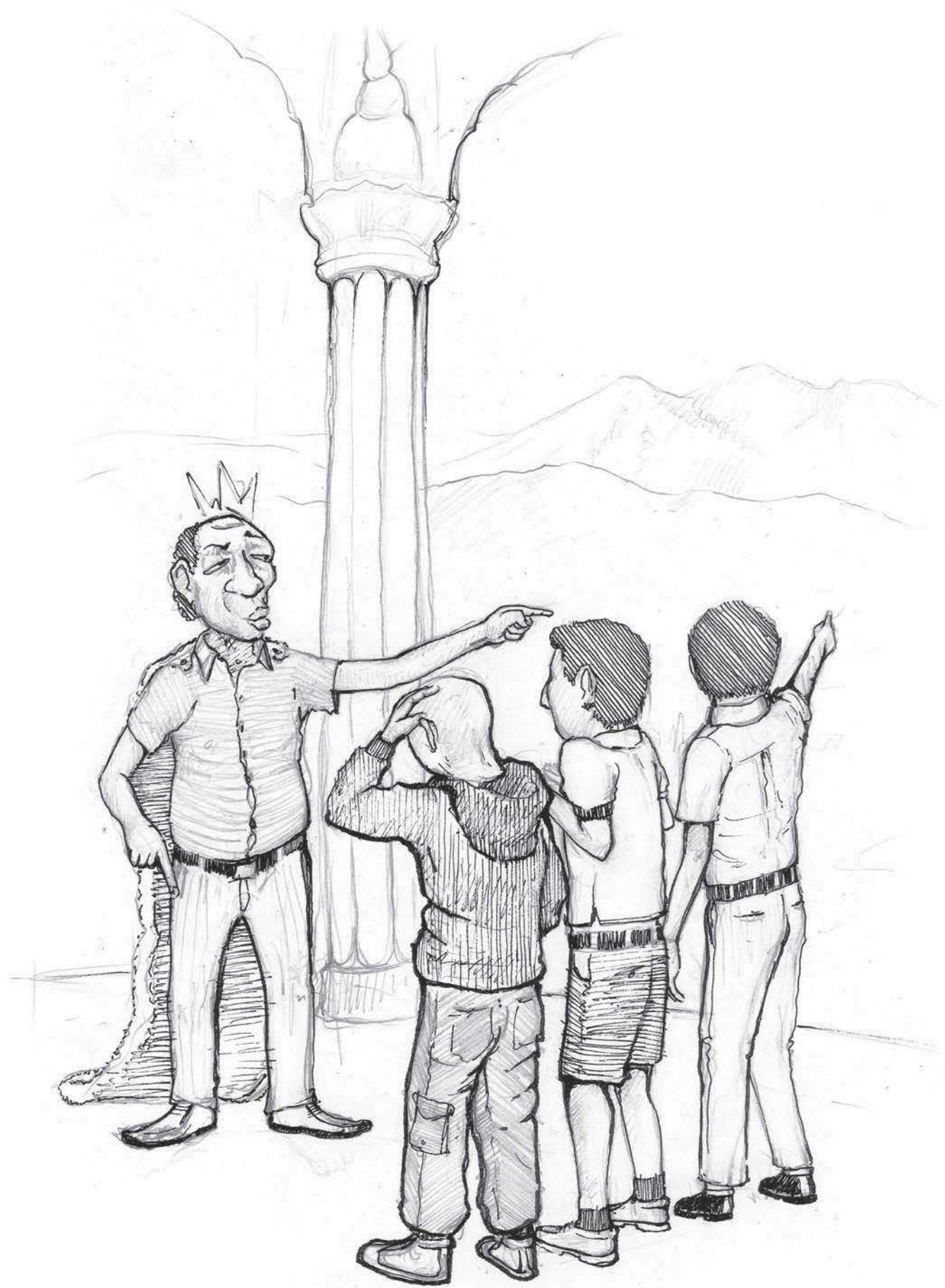
Juan compró una casa grande, hermosísima y los pobres se acabaron en ese pueblo, porque Juan no dejaba que hubiera gente con necesidad.

A los chiquillos les sacaron las lombrices; se pusieron gordos y colorados; además se volvieron muy educados, porque Juan puso colgando en el gran salón y medio a medio, el saco de la perinola, con una pizquita de fuera, para que todo el mundo viera que allí estaba quien todo lo arreglaba.

Pero de eso hace ya muchos años, y quién sabe que se hicieron la servilletica, el burriquito y la perinola.

Y me meto por un huequito, y me salgo por otro, para que ustedes me cuenten otro.





La mica

Había una vez un rey que tenía tres hijos. Y el rey estaba desconsolado con sus hijos, porque los encontraba algo mamitas y él deseaba que fueran atrevidos y valientes. Se puso a idear cómo haría para sacarlos de entre las enaguas de la reina, quien los tenía consentidos como a criaturas recién nacidas y no deseaba ni que les diera el viento.

Un día los llamó y les dijo:

—Muchachos, ¿por qué no se van a rodar tierras? Le ofrezco el trono a aquel que venga casado con la princesa más hábil y bonita. Y lo mejor será que no digan nada a su mamá, porque ¿quién la quiere ver, si ustedes chistan algo de lo que les he propuesto?

Y dicho y hecho: a escondidas de la reina los príncipes alistarón su viaje. Para no dar malicia, no salieron todos el mismo día: primero salió el mayor, un lunes; después el de en medio, el miércoles; y el menor, el sábado.

El mayor cogió la carretera y anda y anda, llegó al anochecer a pedir posada a una casita aislada entre un potrero. Cuando se acercó, oyó unos gritos dolorosos, se asomó por una hendidura y vio a una vieja que estaba dando de latigazos a una pobre miquita que lloraba

y se quejaba como un cristiano, encaramada en un palo suspendido por mecales de la solera. El príncipe llamó: “¡Upe! Ña María...”. La vieja se asomó alumbrando con la candela.

Era una vieja más fea que un susto en ayunas: tuerta, con un solo diente abajo, que se le movía al hablar, hecha la cara un arruguero y con un lunar de pelos en la barba.

El joven pidió posada y la vieja le contestó de mal modo que su casa no era hotel, que si quería se quedara en el corredor y se acostaría en la banca.

El príncipe aceptó, porque estaba muy rendido. Desensilló la bestia, la amarró de un horcón y él se echó en la banca y se privó.

Allá muy a deshoras de la noche, se levantó asustado porque alguien le tiraba de una manga. Sobre él, colgando del rabo, estaba la mica, que se había salido quién sabe por dónde.

Iba a gritar el príncipe, pero ella le puso su manecita peluda en la boca y le dijo:

—No grités, porque entonces va y me pillan aquí y me dan otra cuereada. Mirá, vengo a proponerte matrimonio y me sacás de esta casa.

Al muchacho le cogieron grandes ganas de reír, y no fue cuento, sino que reventó en una carcajada.

—Vos sos tonta —le contestó—. ¿Cómo me voy yo a casar con una mica? Si querés te llevo conmigo, pero para divertirme.

La pobre animalita se echó a llorar.

—Así no, entonces no; yo sólo casada puedo salir de aquí —y se puso a contar los malos tratos que le daba la vieja y a querer que le tocara su cuerpo y viera como lo tenía de llagado de los golpes. Pero el príncipe no la veía, porque se había vuelto a dejar caer y estaba dormido. Otro día muy de mañana se levantó y oyó otra vez a la vieja dando de escobazos a la mica. No tuvo lástima y siguió su camino.

Eso mismo le pasó al hijo segundo, quien siguió por la misma carretera. Este tampoco quiso cargar con la mica.

El tercero tomó también la carretera y al anochecer llegó a la casita del potrero. Y la misma cosa: la vieja dando de palos a la mica. Pero éste tenía el corazón derretido y no podía con la crudidad. Abrió la puerta, le quitó el palo a la vieja y la amenazó con darle con él si no dejaba a aquel pobre animal.

La vieja se puso como un toro guaco de brava y no quería dar posada al príncipe, pero él dijo que se quedaría en la banca del corredor y que allí pasaría la noche, aunque se enojara el Padre Eterno.

Y de veras, allí pasó la noche.

Allá en la madrugada lo despertaron unos jalones que le daban. Despertó azorado, restregándose los ojos. Una manita peluda le tapó la boca. Como ya comenzaban las claras del día, distinguió a la mica que se mecía sobre él, agarrada del techo por el rabo.

Y la miquita se puso a llorar y a contarle su martirio. Luego le propuso matrimonio. Al principio, el joven le llevó la corriente

y quiso tomarlo a broma: le ofreció llevarla consigo y tratarla con mucho cariño, pero la mica comenzó a sollozar con una gran tristeza y por su carita peluda corrían las lágrimas.

—Así no —contestó— es imposible. Esta mujer es bruja y sólo si hallo quien se case conmigo, podré salir de entre sus manos.

Este príncipe, que siempre había sido de ímpetus, se decidió de repente a casarse con la mica.

Donde dijo que sí, retumbó la casa y entre un humarasco apareció la bruja que gritaba:

—¡Y ahora cargá con tu mica para toda tu vida!

Él sintió de veras como si una cadena atara a su vida la de aquel animal. El príncipe montó a caballo y se puso la mica en el hombro. Conforme caminaban reflexionaba en su acción, y comprendía que había hecho una gran tontería.

A cada rato inclinaba más su cabeza. ¿Qué iba a decir su padre cuando le fuera a salir con que se había casado con una mona? ¡Y su madre, que ni encontraba buena para sus hijos ni a la Virgen María! ¡Cómo se iban a burlar sus hermanos y toda la gente! La mica, que parecía que le iba leyendo el pensamiento, le dijo:

—Mire, esposo mío. No vayamos a ninguna ciudad... Metámonos entre esa montaña que se ve a su derecha y en ella encontraremos una casita que será nuestra vivienda.

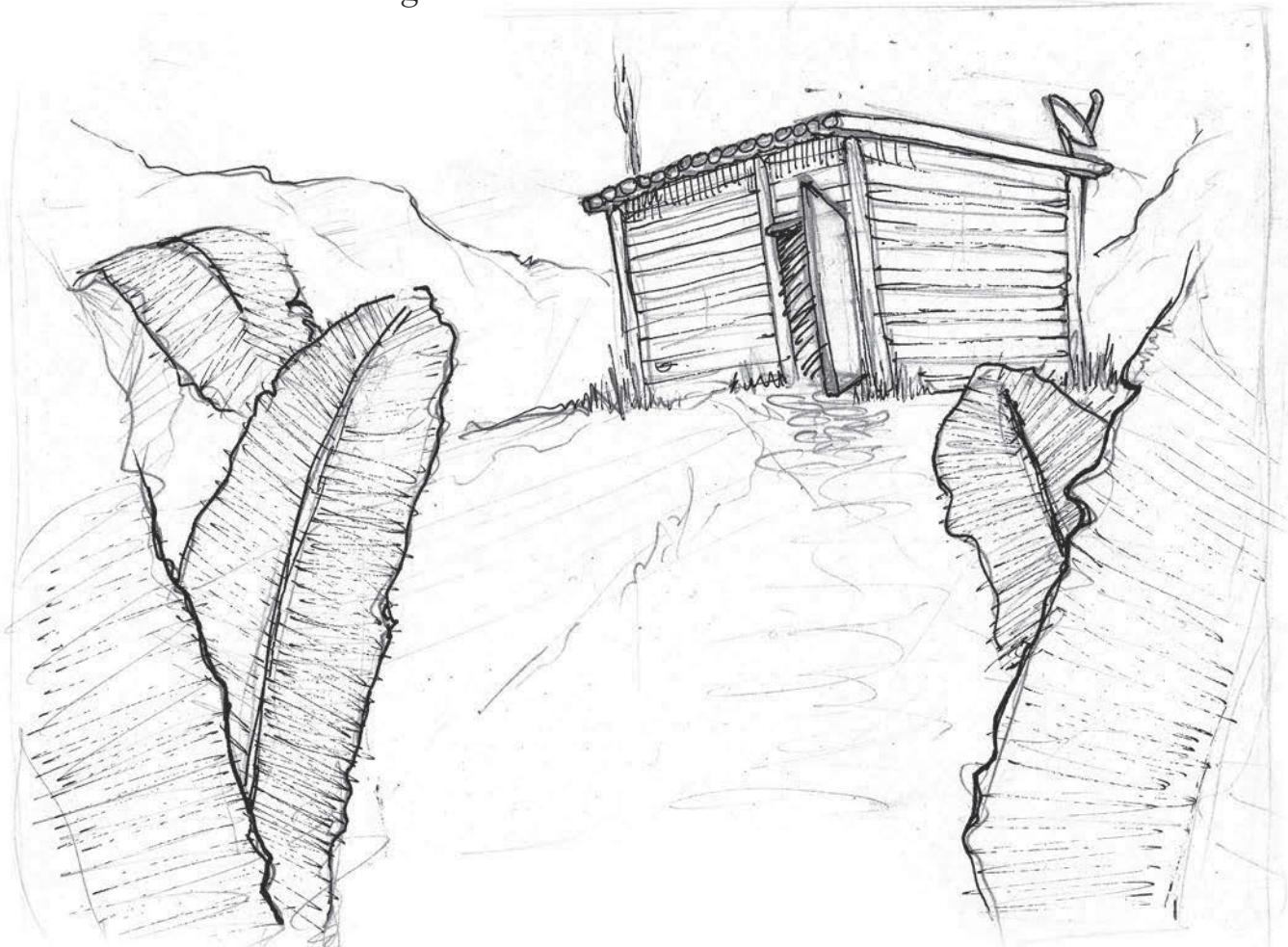
El otro obedeció y a poco de internarse, dieron con una casa de madera que no tenía más que sala y cocina, con muebles pobres, pero todo que daba gusto de limpio. Al frente estaba una huerta y

atrás un maizal y un frijolar, chayotera y matas de ayote que ya no tenían por donde echar ayotes.

La mica pidió al príncipe que fuera a buscar leña; ella cogió la tinaja y salió a juntar agua a un ojo de agua que asomaba allí no más. Un rato después, por el techo salía una columnita de humo, y por la puerta el olor de la comida que preparaba la mica y que abría el apetito.

Y así fue pasando el tiempo.

Los tres príncipes habían quedado en encontrarse al cabo de un año en cierto lugar.



El marido de la mica siempre estaba muy triste y pensaba no acudir a la cita. Pero ella, cuando se iba acercando el día señalado, le dijo:

—Esposo mío, mañana váyase para que el sábado esté en el lugar en que encontrará sus hermanos.

Él le preguntó:

—¿Cómo sabés vos?

Pero ella guardó silencio.

De veras, al otro día partió. La mica tenía los ojos llenos de agua al decirle adiós y a él le dio mucha lástima.



Cuando llegó al lugar, ya estaban allí sus hermanos, muy alegres. Le contaron que se habían casado con unas princesas lindísimas, que tenían unas manos que sabían hacer milagros.

El pobre no masticaba palabra, y al oírlos sentía ganas de que se lo tragara la tierra.

—Y vos, hombre, contanos cómo es tu mujer —le preguntaron.

No se atrevió a confesar la verdad y les metió una mentira:

—Es una niña tan bella que se para el sol a verla, y sabe convertir los copos de algodón en oro que hila en un hilo más fino que el de una telaraña.

Y sus hermanos, al escucharlo, sintieron envidia. Cuando llegaron donde sus padres, fueron recibidos con gran alegría. Cada uno se puso a poner a su esposa por las nubes.

—Bueno —les dijo el rey— quiero antes que nada ver los prodigios que saben hacer. Cada una va a hilar y a tejer una camisa para mí y otra para la reina, tan finamente, que un muchachito de pocos meses las pueda guardar en su mano. A ver cuál queda mejor. Les doy un mes de plazo.

Volvieron los príncipes donde sus mujeres y les explicaron el deseo del rey. Inmediatamente, las princesas encargaron seda finísima y se pusieron a hilar. La mica no hizo nada, ni volvió a mentar la camisa. El marido la llamaba al orden, pero se hacía como si no fuera con ella y el príncipe se ponía cada vez más triste. El día de ir al palacio, lo despertó la mica muy de mañana; ya le tenía el caballo ensillado.

—¿Para qué me has ensillado mi bestia? No pienso ir adonde mis padres, porque no puedo llevarles lo que me pidieron.

Entonces ella le entregó dos semillas de tacaco.

—Aquí están las camisas —le dijo.

El muchacho no quería creer, pero la mica le dijo que si al abrirlas ante su padre no tenía lo que deseaba, él quedaría libre de ella.

Partió el príncipe y en el camino encontró a sus hermanos, que en cajas de oro, llevaban las camisas de un tejido de seda muy fino. Las costuras apenas si se veían y los botones eran de oro. Cuando el menor enseñó sus semillas de tacaco, los mayores le hicieron burla. Al llegar ante el rey, se regocijó éste del trabajo de las dos nueras y se puso furioso cuando el otro le dio las semillas de tacaco. Como las cogió con cólera, las destripó y entonces de cada una salió una camisa de tela tan fina que una hoja de rosa se veía ordinaria a la par, y de una blancura tal, que parecía tejida con hebras hiladas del copo de la luna. Los botones eran piedras preciosas y las costuras no se podían ver ni buscándolas con lente. El rey y la reina casi se van de bruces y los hermanos salieron avergonzados y envidiosos.

—Bueno —dijo el rey—. Estoy muy satisfecho del trabajo de vuestras esposas. Ahora que cada una me envíe un plato. Quiero ver cuál cocina mejor. Les doy una quincena de plazo.

El menor volvió muy contento donde su mica y le contó el nuevo capricho de su padre.

La mica no volvió a mencionar el asunto, pero el príncipe esta vez esperó pacientemente. Eso sí, se sintió algo intranquilo cuando llegó el día, la vio coger para el cerco y volver con un gran ayote que echó a cocinar en la olla.

—Me le va a llevar esto a su tata —le dijo sacándolo y echándolo en un canasto.

Él no hallaba cómo ir llegando con aquello. Pero los ojillos de la mica estaban nadando en malicia. Entonces se decidió, cogió su canasta y echó a andar. En el camino, encontró a sus hermanos que venían seguidos de criados cargados de bandejas de oro y plata, con manjares exquisitos preparados por sus esposas.

Cuando lo vieron a él con su ayote entre un canasto, se burlaron y le hicieron chacota. Se sentaron a la mesa y comenzaron a servir los platos y el rey y la reina hasta que se chupaban los dedos. Pero cuando fueron entrando con el ayote entre el canasto, el rey se enfureció como un patán y lo cogió y lo reventó contra una pared. Y al reventarse, salió volando de él una bandada de palomitas blancas, unas con canastillas de oro en el pico, llenas de manjares tan deliciosos como los que se deben de comer en el cielo en la mesa de Nuestro Señor; otras con flores que dejaban caer sobre todos los presentes. ¡Ave María! ¡Aquellos sí que fue algazara y media!

El rey les dijo:

—Bueno, ahora quiero que me traigan una vaquita que ojalá se pueda ordeñar en la mesa, a la hora de las comidas. Les doy ocho días de plazo.

Los príncipes se fueron renegando de su padre tan antojado. Llegaron de chicha a contar cada uno a su esposa el antojo del rey. Sólo el menor no dijo nada, porque la cosa le parecía imposible.

A los ocho días fue entrando la mica con un cañuto de caña de bambú y lo entregó a su esposo:

—Tome, hijo, y vaya al palacio. Tenga confianza y verá que le va bien. No lo abra hasta que llegue.

El muchacho cogió el cañuto y partió. En el patio encontró a sus hermanos con unas vaquitas enanas del tamaño de un ternero recién nacido y llenas de cintas. Al verlo entrar sin nada, se pusieron a codearse y a reír.

A la hora del almuerzo fueron entrando con sus vacas y se empeñaron en que se subieran a la mesa, pero allí los animales dejaron una quebrazón de loza y una hasta una gracia hizo en el mantel. El rey y la reina se enojaron mucho y se levantaron de la mesa sin atravesar bocado.

A la comida, el rey preguntó a su hijo menor por su vaquita. Él sacó el cañuto de caña de bambú, lo abrió y va saliendo una vaquita alazana con una campanita de plata en el pescuezo y los cachitos y los casquitos de oro. Las teticas parecían botoncitos de rosa miniatura. Se fue a colocar muy mansita frente al rey sobre su taza, como para que la ordeñara. El rey lo hizo y llenó la taza de una leche amarillita y espesa. Después se colocó ante la reina e hizo lo mismo, y así fue haciendo en cada uno de los que estaban sentados. Todos tenían un bigote de espuma sobre la boca.

Por supuesto que ustedes imaginarán cómo estaban los reyes con su hijo menor. ¡Ni para qué decir nada de esto!

Los otros, que se veían perdidos, salieron con el rabo entre las piernas.

—Ahora —dijo el rey— quiero que me traigan a sus esposas el domingo entrante.

—¡Aquí sí que me llevó la trampa! —pensó el hijo menor. Por un si acaso, se fue a las tiendas y compró un corte de seda, un sombrero, guantes, zapatillas, ropa interior, polvos, perfume y qué sé yo.

Y llegó con sus regalos adonde su esposa y le contó lo que deseaba su padre. La mica se hizo la sorda y en toda la semana trabajó nada más que en sus labores de costumbre: barrer, limpiar, hacer la comida y lavar.

Cada rato el marido le decía:

—Hija, ¿por qué no saca el corte que le traje y hace un vestido?

Pero ella lo que hacía era encaramarse en su trapecio que estaba suspendido de la solera y hacer maroma colgada del rabo.

Cuando la veía en estas piruetas al príncipe se le fruncía la boca del estómago de la vergüenza... ¡Si su esposa no era sino una pobre mica!

El sábado pidió a su marido que fuera a conseguir una carreta y que la pidiera con manteado para ir así a conocer a sus suegros. Él quiso persuadirla de que era muy feo ir en carreta, menos adonde el rey; que se iban a reír de ellos; que la gente de la ciudad era rematada y que por aquí y por allá. Pero la mica metió cabeza y dijo que si no iba en carreta, no iría.

El príncipe pensaba que eso sería lo mejor, y a ratos intentó no volver a poner los pies en el palacio, pero el caso es que fue a buscar y contratar la carreta.

El domingo quiso que su esposa se arreglara y adornara, que se envolviera siquiera en la seda que él había traído, porque deseaba que no le vieran el rabo. La mica, que era cabezona como ella sola, no quiso hacer caso y le contestó:

—Mire, hijo, para el santo que es con un repique basta.

Y se pasó la lengüilla rosada por el pelo.

Lo mandó que se fuera adelante y ella se metió entre la carreta.

El príncipe encontró de camino a sus hermanos que iban en sendas carrozas de cuatro caballos, cada uno con su esposa llena de encajes y plumas que pegan al techo del coche. Eran hermosotas, no se podía negar, y el joven volvió la cabeza y pegó un gran suspiro cuando allá vio venir la carreta pesada y despaciosa.

—¿Y tu mujer? —preguntaron los hermanos.

—Allá viene en aquella carreta.

Las señoras se asomaron y se taparon la boca con el pañuelo para que su cuñado no las viera reír. Los príncipes se pusieron como chiles, al pensar lo que podrían imaginar sus mujeres al ver que su cuñada venía entre una carreta cubierta con un manteado como una campiruza cualquiera.

Llegaron a la puerta del palacio. El rey y la reina salieron a recibir a sus hijos. Las dos nueras al inclinarse les metieron los

plumajes por la nariz. En esto la carreta quiso entrar en el patio, pero los guardias lo impidieron.

—¿Y tu esposa? —preguntó el rey al menor de sus hijos que andaba para adentro y para afuera haciendo pinino.

—Allí viene entre esta carreta —contestó chillando.

—¡Entre esa carreta! Pero hijo, ¡vos estás loco!

Y el gentío que estaba a la entrada del palacio se puso a silbar y a burlarse, al ver la carreta con su manteado detrás de aquellas carrozas que brillaban como espejos.

El rey gritó que dejaran pasar la carreta.

Y la carreta fue entrando, cararán cararán... Se detuvo frente a la puerta... ¡Al príncipe un sudor se le iba y otro se le venía! Deseaba que la tierra se lo tragara.

Tuvo que sentarse en una grada, porque no se podía sostener. ¡Ya le parecía oír los chillidos de la gente donde vieran salir de la carreta una mica!

¡Pero fue saliendo una princesa tan bella que se paraba el sol a verla, vestida de oro y brillantes, con una estrella en la frente, riendo y enseñando unos dientes, que parecían pedacitos de cuajada!

Lo primero que hizo fue buscar al menor de los príncipes. Le cogió una mano con mucha gracia y le dijo:

—Esposo mío, presénteme a sus padres.

Cuando se los hubo presentado, los reyes se sintieron encantados porque hacía unas reverencias y decía unas cosas con tal gracia, como jamás se había visto.

El rey en persona la llevó de bracete al comedor y la sentó a su derecha. Durante la comida, sus concuñas, que no le perdían ojo, vieron que la princesa se echaba entre el seno, con mucho disimulo, cucharadas de arroz, picadillo, pedacitos de pescado y empanadas. Por imitar hicieron lo mismo. Después hubo un gran baile. Cuando empezaron a bailar, la princesa se sacudió el vestido y sañieron rodando perlas, rubíes y flores de oro. Las otras creyeron que a ellas les iba a pasar lo mismo y sacudieron sus vestidos, pero lo que salió fueron granos de arroz, el picadillo, los pedazos de carne y las empanadas. Los reyes y sus maridos sintieron que se les asaba la cara de vergüenza. Luego el rey cogió a su hijo menor y a su esposa de la mano y los llevó al trono.

—Ustedes serán nuestros sucesores —les dijo. Pero ella con mucha gracia le contestó:

—Le damos gracias, pero yo soy la única hija del rey de Francia, que está muy viejito y quiere que mi esposo se haga cargo de la corona.

Al oír que era la hija del rey de Francia, el rey casi se va para atrás, porque el rey de Francia era el más rico de todos los reyes, el rey de los reyes, como quien dice. La princesa habló algunas palabras al oído de su marido, quien dijo a su padre:

—Padre mío, ¿por qué no reparte su reino entre mis dos hermanos? Así estará mejor atendido.

Al rey le pareció muy bien y allí mismo hizo la repartición. Los hermanos quedaron muy agradecidos. Luego se despidieron y se

fueron para Francia en una carroza de oro con ocho caballos blancos que tenían la cola y las crines como cataratas espumosas.

Esta carroza llegó cuando la carreta que trajo a la princesa iba saliendo del patio del palacio y, cuando estuvieron solos, la niña le contó que una bruja enemiga de su padre, porque éste no había querido casarse con ella, se vengó convirtiéndole a su hija en una mica, la que volvería a ser como los cristianos cuando un príncipe quisiera casarse con esa mica.

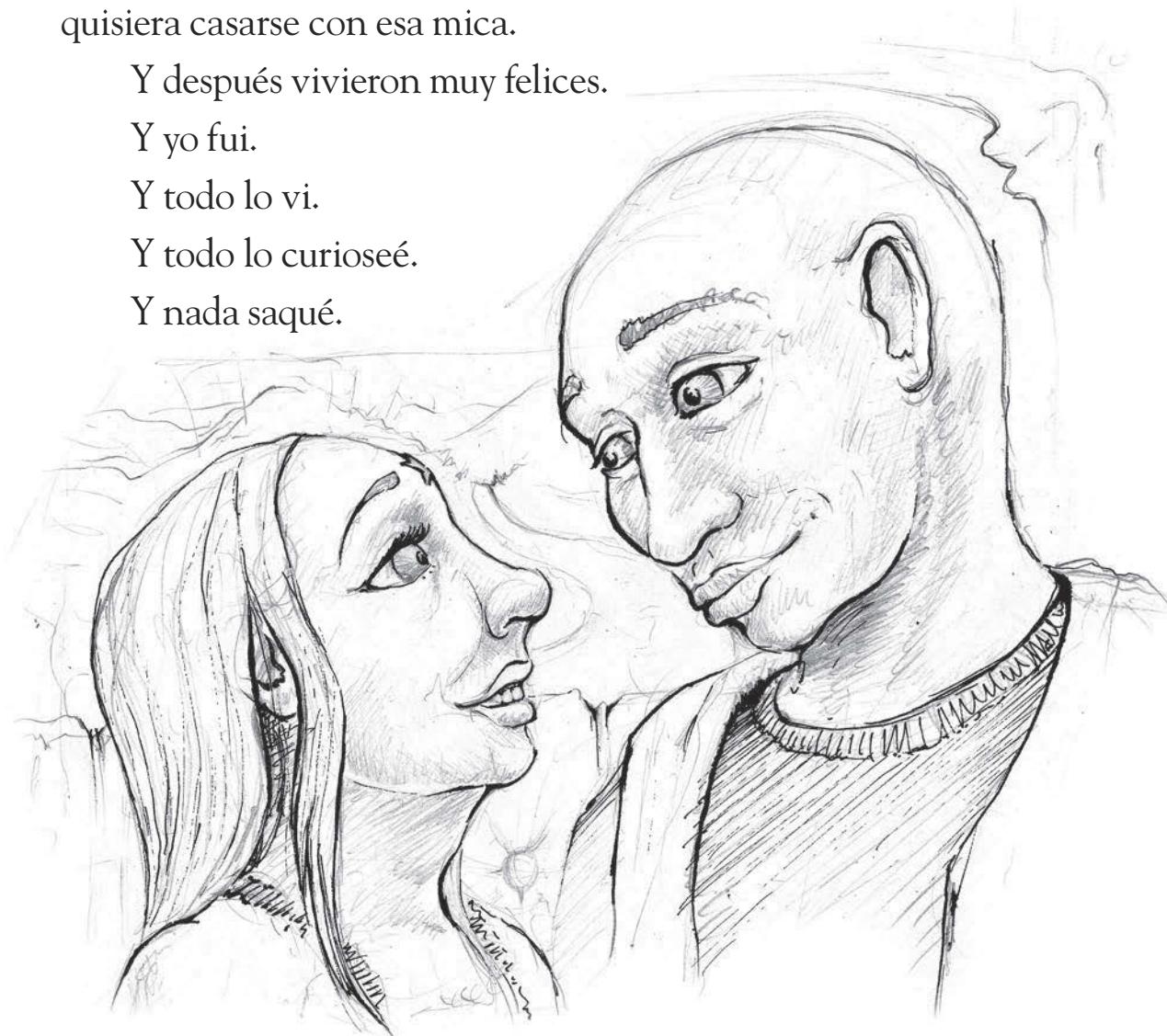
Y después vivieron muy felices.

Y yo fui.

Y todo lo vi.

Y todo lo curioseé.

Y nada saqué.





El cotonudo

Pues, señor, había una vez una viejita que tenía un hijo galanote e inteligente y además bueno y sumiso con ella, que parecía una hija mujer. La viejita era muy pobre y siempre tenía que andar corre que te alcanzo con el real; lo único que tenía era una casita en las afueras de la ciudad y sus fuerzas, con las que lavaba y planchaba, para ayudar a su hijo a quien se le había metido entre ceja y ceja estudiar para médico. Eso sí, que el pobre tenía que presentarse en la escuela sabe Dios cómo: el vestido hecho un puro remiendo, nada de cuello ni corbata y con la patica en el suelo. Para ir a la escuela el joven pasaba todos los días frente al palacio del rey, y dio la casualidad que a esa hora se asomaba la hija del rey al balcón. A la princesa le llamó la atención aquel joven tan galán vestido pobemente, pero tan limpio que parecía un ajito, con los pies descalzos tan lavados y blancos, que daba lástima mirarlos caminar entre los barriales. ¿A dónde iría con sus alforjitas al hombro y sus libros bajo el brazo? Por fin un día no se aguantó y mandó a una de sus criadas a que lo llamara, y cuando lo oyó hablar con tanta sencillez y facilidad, se enamoró perdidamente del joven. Y desde entonces lo esperaba en el jardín para conversar con él.

El joven también se había enamorado de la princesa quien era un primor de bonita: con una cabeza que era como ver el sol de rubia y en la que cada hebra era crespa como un quelite de chayote. Además era buena y noble, que no tenía compañera, y ella tan lo mismo trataba al pobre que al rico. Pero el joven se había guardado con candado su enamoramiento, porque ¡en qué cabeza podría caber que una princesa se casara con un chonete como él, que no se calzaba porque no tenía con qué comprar zapatos? Pero así es el mundo, y la princesa al ver que el muchacho no tenía trazas de decirle: “Tenés los ojos así y la boca así”, dejó a un lado la pena y un día, sin más ni más, le declaró que estaba enamorada de él. Al principio el joven creyó que era por burlarse, pero al fin acabó por convencerse de que le estaba hablando de veras.

Entonces, le dijo:

—Mire, es mejor que no pensemos en esto. Yo soy lo que se llama un arrancado. Es de las cosas que no hay que pensar dos veces, y lo mejor que yo puedo hacer es decirle adiós y no volver ni a pasar por esta calle.

Pero la princesa, que también era muy cabezona, se le prendió como una garrapata y acabó por hacerlo aceptar una bolsa llena de oro para que se fuera a tantear fortuna. Ella le juraba esperarlo. Él partió a rodar tierras. Un día se embarcó, naufragó el buque en que iba, y por un milagro de Dios quedó vivo para contar el cuento.

Hecho un ¡ay de mí!, regresó a su país. Su madre lo recibió con gran alegría.

Allá, entre oscuro y claro, se envolvió en un cotón, se puso un gran sombrero, las dos únicas cosas que trajo de su viaje, y fue a pasearse frente al balcón de la princesa, para ver si podía entregarle una carta en la que le contaba sus desgracias y la conveniencia de que no lo esperara y se casara con un príncipe. Los que lo encontraban se decían: “¿Quién será ese cotonudo?...”.

Consiguió lo que deseaba, pero la niña mandó a buscarlo y lo convenció de que debía recibir otra bolsa de dinero y volver a comenzar. Partió de nuevo a rodar tierras, pero en esta ocasión unos ladrones lo dejaron a buenas noches con cuanto llevaba.

Volvió a su país y otra vez a ponerse el cotón y el gran sombrero y otra vez a buscar a la princesa. Los que lo veían se preguntaban: “¿Quién será ese cotonudo?...”. Y la criada de la princesa corrió a avisar a su ama que allí estaba “su cotonudo”, y la princesa comprendió.

En esta ocasión fue más difícil convencerlo de que debía recibir otra bolsa de oro, y la pobre niña tuvo que arrodillarse y llorar para que él la recibiera.

Se fue, se embarcó y por lo que se ve era más torcido que un cacho de venado, porque en una tempestad, el mar se tragó el barco en que iba, y a él lo arrojaron las olas a una isla desierta, sin más vestido que aquel con que Nuestro Señor lo echó a este mundo.

Cuando volvió en sí, estaba tan desesperado que pensó que lo mejor que podía hacer era ahorcarse, y se puso a buscar unos bejuicos resistentes y un palo en donde hacerlo. Halló las dos cosas. El

árbol estaba a orillas de un río y antes de subir le dieron ganas de beber agua. Al acercarse, vio en el centro de la corriente a un joven muy galán sentado en una piedra. Le preguntó qué hacía allí, y el otro le contestó que era un príncipe a quien hacía muchos años tenían encantado. El recién llegado quiso saber si no habría medio de desencantarlos y el otro le dijo que sí, pero que era muy difícil hallar quien se comprometiera a ello, porque se necesitaba una persona muy valiente que fuera a sentarse en la piedra que él ocupaba, dispuesta a hacerle frente sin temblar a cuanto viniera.

Entonces el cotonudo reflexionó que era mejor morir tratando de sacar de apuros a un prójimo, que ahorcado, y le dijo que él estaba dispuesto a probar si era posible librarlo de semejante situación. Y diciendo y haciendo, se metió en la corriente y obligó al príncipe a dejarle el lugar.

Éste se sentó en la orilla a aguardar su destino. De pronto se vio venir una creciente que arrastraba piedras enormes y troncos inmensos.

El cotonudo pensó que hasta allí se la había prestado Dios, se santiguó y esperó tranquilamente que la corriente lo arrastrara. Pero con gran asombro suyo, el agua se apaciguó y vino muy sumisa, como un perro, a lamerle los pies e inmediatamente el río se secó. Luego vio venir hacia él un tigre muy grande que echaba fuego por los ojos y le enseñaba los dientes.

—Ahora sí que no me escapo —se dijo. Volvió a santiguarse y con toda tranquilidad encomendó su alma a Dios.

Pero el tigre se acercó, le lamió los pies como el agua y desapareció entre la montaña.

Después fue un toro de aspecto temible, que hubiera hecho temblar al mismo San Miguel Arcángel, quien no le tuvo miedo ni al diablo. Pero el muchacho pensó que seguramente pasaría como con la creciente y el tigre, y más bien se rio de los aspavientos del toro, que pasó a su lado cual un huracán, sin causarle el menor daño.

Al punto se oyó un gran estruendo, la piedra en que estaba sentado dio una vuelta y se vio la entrada de una cueva. El príncipe se acercó, abrazó a su salvador y se arrodilló ante él llorando y le besó las manos. Luego lo llevó a la cueva que estaba llena de talegos de oro, de cajas llenas de brillantes, rubíes y toda clase de piedras preciosas, de conchas que encerraban perlas que parecían botoncitos de rosa.

—Todo esto es nuestro —dijo el príncipe—. Un enano venía cada semana a darmé de latigazos y a mortificarme, y me enseñó una vez estos tesoros y, burlándose, dijo que serían míos el día que hubiera quien me desencantara. Yo le pregunté por llevarle el corriente, que cómo haría en tal caso para sacarlos, y él me contestó que inmediatamente habría un barco en el puerto, del que yo podría hacer y deshacer.

Se subieron a una altura y desde allí divisaron, efectivamente, un gran barco en el puerto.

Comenzaron a transportar las riquezas y cuando terminaron se hicieron a la vela.

Manos invisibles ejecutaban todos los trabajos que se necesitan en un buque. Así llegaron hasta un puerto del reino del príncipe. Los reyes, sus padres, aún vivían, muy viejitos y siempre pensando en su hijo desaparecido hacía tantos años. El príncipe envió a su amigo a prepararlos... ¿Para qué hablar de la felicidad de los reyes? Lo cierto es que no quedó campana que no repicó, ni grano de pólvora que no reventó, en señal de alegría por el regreso del príncipe a quien todos creían muerto. Los reyes dieron al pueblo todos sus toros y vacas para que los mataran y los asaran en las plazas públicas y sacaron de sus bodegas todo el vino para que el pueblo comiera y bebiera hasta caer sentado. Tres días duró la parranda.

Al cotonudo lo querían casar con una de las hijas del rey, pero él les contó su compromiso y se despidió. El príncipe le dio un gran barco cargado con las dos terceras partes del tesoro sacado de la isla, y el rey y la reina una caja de oro que debía abrir el día de sus bodas.

Por fin partió con las bendiciones de toda aquella gente y al cabo de unos cuantos días de navegar llegó a su país. Salió del buque de noche para que no lo conocieran. Halló a su madre en la misma casa y hecha un tacaquito la vieja. La pobre ya casi no veía, de tanto llorar por su hijo.

¡Oh, felicidad, cuando reconoció a su muchacho!

Otro día, entre oscuro y claro, se metió en su cotón, y se puso el gran sombrero (ambas cosas las había dejado guardadas en su casa) y se fue a rondar el palacio. Observó que en las calles había

mucho movimiento, que el palacio estaba iluminado como para una fiesta, que a cada instante llegaban coches de los que bajaban señoritas y caballeros con vestidos resplandecientes.

Preguntó la causa de todo aquello y le contestaron que esa noche se casaba la hija del rey. Llamó a un criado y le dio cien pesos para que le llamara a la viejita que había chineado a la princesa, quien lo quería mucho, y por supuesto el criado no se hizo mucho de rogar. Vino la sirvienta y al ver al cotonudo se puso en un temblor. Lo llevó a un rincón y le contó que la princesa lo creía muerto, porque habían pasado varios años sin tener noticias suyas y que ahora el rey la obligaba a casarse con un príncipe muy viejo y más feo que un golpe en la espinilla. Le rogó que esperara allí un momento y corrió a avisar a su ama. A pesar de la emoción que le causó esta noticia, la princesa no se atarantó y dijo a su criada que por un pasadizo que sólo ellas conocían, lo llevara a la capilla y lo escondiera detrás de unas cortinas que estaban cerca del altar.

Por fin entraron los novios y los invitados a la capilla. El cotonudo, que no tembló ante la creciente, ni ante el tigre, ni el toro, no se podía sostener al ver a su princesa tan linda, que parecía una luna nueva con su vestido de novia. ¡Y qué feo y qué viejo era el hombre que se la quería quitar!

El señor obispo se acercó a los que se iban a desposar. Cuando preguntó a la niña:

—¿Recibe por esposo y marido al príncipe don fulano de tal?, ella dio media vuelta, apartó la cortina, sacó a su cotonudo, y con voz muy clara dijo:

—No, señor, al que recibo es a éste —y el señor obispo se vio obligado a echarles la bendición.

Por supuesto que aquello fue levantar un polvorín: la reina cayó con un ataque y el rey se puso como agua para chocolate, mandó que la cocinera trajera su vestido más tiznado y ordenó a su hija que se lo pusiera. Luego los echó puerta afuera. En ese momento pasaba un carbonero con su borriquito cargado de carbón que iba a vender a la próxima ciudad, porque otro día era el día de mercado. El rey hizo que quitaran al pobre hombre su borrico y sobre los sacos obligó a la princesa que se montara. Hecho esto, se metió en su palacio y les tiró la puerta encima.

El cotonudo, con mucha cachaza, se aguantó todo aquello. Comenzó a arriar la bestia que llevaba a su mujer encima y a abrirse paso como podía entre la gente que los seguía burlándose y poniéndolos como un chuica.

Tomaron el camino del puerto con aquel molote de gente que no los desamparaba y que no se cansaba de gritar:

—¡La princesa se ha vuelto loca! ¡Achará la princesa que se fue a casar con ese cotonudo! ¡Siempre el peor chancho se lleva la mejor mazorca!

El cotonudo se hacía el tonto y como si no fuera con él, trun, trun, arriando el borrico. Pero, cuál fue la admiración de todos al

verlo entrar en el muelle, detenerse frente a aquel hermoso barco, el más grande y hermoso que hasta entonces no llegara a este país y tocar en un pito a cuyo sonido salió toda la tripulación apresuradamente. Bajó el capitán con el sombrero en la mano y saludó al cotonudo de un modo que casi se le quebraba el espinazo. El cotonudo le dijo unas palabras al oído, subió el otro de estampía al barco y formó la tripulación en dos filas; todos los cañones comenzaron a disparar y la banda del barco a tocar la pieza más alegre que sabía. Entonces el cotonudo bajó del burro a su esposa, y sacó de entre su cotón un gran bolsillo lleno de monedas de oro y lo entregó al pobre carbonero que lo había seguido pie a pie, con la cara más triste que un viernes santo.

Luego le dio unas palmaditas al burro y lo devolvió a su dueño.

Entretanto, la gente estaba como en misa y todos no hacían más que abrir los ojos lo más que podían.

La princesa estaba también sin saber qué pensar. Su marido la cogió de una mano y subió al barco entre las dos filas de marineros, que tenían la cabeza inclinada como si fuera pasando nuestro amo. Cuando estuvieron arriba, todos tiraron sus gorras por los aires y gritaron:

—¡Que vivan el cotonudo y su esposa!

El cotonudo llevó a su mujer a un salón tan lujoso, que la princesa, con ser princesa, nunca ni se lo había imaginado. Allí estaba la caja de oro que los reyes, padres de su amigo, le habían dado para que la abriera el día de sus bodas. La abrieron y dentro de ella había dos

vestidos como para un rey y una reina, pero tan maravillosos, que la princesa abrió su boquita de par en par y no dijo ni tus ni mus.

Así que se vistieron, salieron para montar en una carroza de oro y plata que habían sacado del barco, tirada por ocho caballos a cual más copetón.

Las gentes, al verlos, gritaban: ¡son el sol y la luna! ¡La princesa se ha casado con el rey más hermoso de la tierra! ¡Hizo bien la princesa en no casarse con aquel viejo que no es más que el cascarrón! ¡Este sí que es ñeque!

Montaron en la carroza y fueron por la viejecita madre del cotonudo, que estaba en la vela esperando a su hijo. Cuando vio todo aquello, creyó que se había quedado dormida en la silla y que soñaba. ¿Cómo iba a ser que este hermoso señor vestido de oro, y casado con la hija del rey, fuera su hijo, quien salió temprano de la noche, envuelto en su cotón?

—¡Las cosas que sueña uno! —se decía. Y se metía pellizquitos ella misma y se preguntaba:

—¿A qué hora voy a despertar?

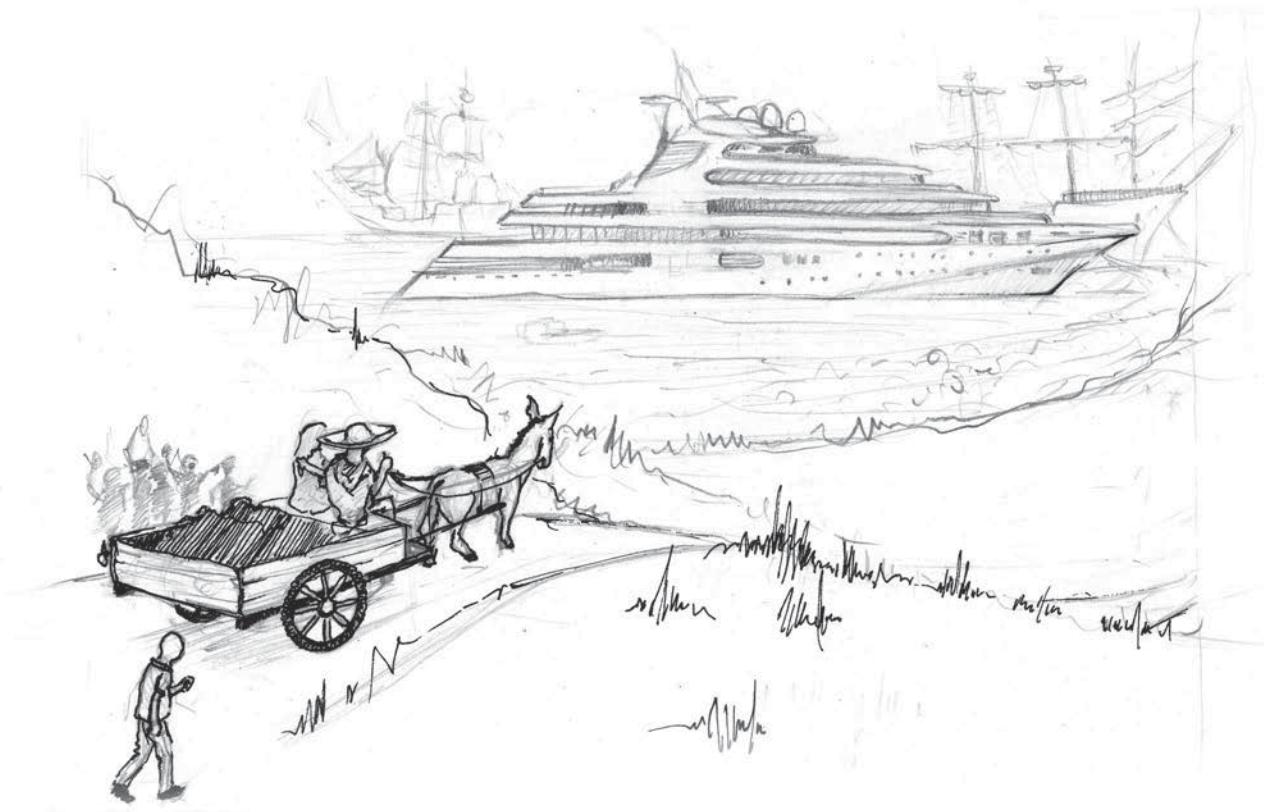
Volvieron al barco y a poco llegaron unos amigos del rey que ya había tenido noticias de las maravillas que estaban ocurriendo. El cotonudo envió a sus suegros un cofrecillo lleno de joyas tan bellas y ricas, que el rey también tuvo que abrir la boca y volver de su ataque, y sin esperar razones, se fueron para el barco, y así que hubieron visto y metido las manos entre todos los tesoros que

contenía, agarraron a su yerno a abrazos y besos y desde ese día andaban con el santo, ¿dónde te pondré?

Entretanto, la princesa no hacía más que consentir a la viejecita, su suegra, la que se imaginaba que mientras dormía había muerto, que ahora estaba en el cielo y que un ángel la cuidaba.

Después los recién casados, mientras les construían un palacio, fueron en su barco a visitar a los reyes amigos.

Y fueron muy felices y tuvieron muchos hijos y yo fui y vine y no me dieron nada.





La Cucarachita Mandinga

Había una vez una Cucarachita Mandinga que estaba barriendo las gradas de la puerta de su casita, y se encontró un cinco. Se puso a pensar en qué emplearía el cinco.

—¿Si compro un cinco de colorete? No, porque no me luche (luce). ¿Si compro un sombrero? No, porque no me luche. ¿Si compro unos aretes? No, porque no me luche. ¿Si compro un cinco de cintas? Sí, porque sí me luchen.

Y se fue para las tiendas y compró un cinco de cintas; vino y se bañó, se empolvó, se peinó de pelo suelto, se puso un lazo en la cabeza y se fue a pasear a la Calle de la Estación. Allí buscó asiento.

Pasó un toro y viéndola tan compuesta, le dijo:

—Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

La Cucarachita le contestó:

—¿Y cómo hacés de noche?

—¡Mu... mu...!

La Cucarachita se tapó los oídos:

—No, porque me chutás (asustas).

Pasó un perro e hizo la misma proposición.

—¿Y cómo hacés de noche? —le preguntó la Cucarachita.

—¡Guau... guau...!

—No, porque me chutás.

Pasó un gallo:

—Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

—¿Y cómo haces de noche?

—¡Qui qui ri qui!...

—No, porque me chutás.

Por fin pasó el Ratón Pérez.

A la Cucarachita se le fueron los ojos al verlo: parecía un figurín, porque andaba de leva, tirolé y bastón.

Se acercó a la Cucarachita y le dijo con mil monadas:

—Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

—¿Y cómo hacés de noche?

—¡I, i, iii...!

A la Cucarachita le agració aquel ruidito, se levantó de su asiento y se fueron de bracete.

Se casaron y hubo una gran parranda.

Al día siguiente la Cucarachita, que era muy mujer de su casa, estaba arriba desde que comenzaron las claras del día poniéndolo todo en su lugar.

Después de almuerzo puso al fuego una gran olla de arroz con leche, cogió dos tinajas que colocó una sobre la cabeza y otra en el cuadril, y se fue por agua.

Antes de salir dijo a su marido:

—Véame el fuego y cuidadito con golosear en esa olla de arroz con leche.

Pero apenas hubo salido su esposa, el Ratón Pérez le pasó el pi-caporte a la puerta y se fue a curiosear en la olla. Metió una manita y le sacó al punto:

—¡Carachas! ¡Que me quemo! —metió la otra—: ¡Carachas! ¡Que me quemo! —metió una pata—: ¡Carachas! ¡Que me quemo! —metió la otra pata y salió bailando de dolor—. ¡Demontres de arroz con leche, para estar pelando! —pero como eran muchas las ganas de golosear, acercó un banco al fuego y se subió a él para mirar dentro de la olla...

El arroz estaba hervir que hervía, y como la Cucarachita le había puesto queso en polvo y unas astillitas de canela, salía un olor que convidaba.

Ratón Pérez no pudo resistir y se inclinó para meter las narices entre aquel vaho que olía a gloria. Pero el pobre se resbaló... Y cayó dentro de la olla.

Volvió la Cucarachita y se encontró con la puerta atrancada. Tuvo que ir a hablarle a un carpintero para que viniera a abrirla. Cuando entró, el corazón le avisaba que había pasado una desgracia. Se puso a buscar a su marido por todos los rincones. Le dieron ganas de asomarse a la olla de arroz con leche... Y ¡va viendo!... A su esposo bailando en aquel caldo.

La pobre se puso como loca y daba unos gritos que se oían en toda la cuadra. Los vecinos la consideraban, sobre todo al pensar que estaba tan recién casada. Mandó a traer un buen ataúd, metió dentro de él al difunto y lo colocó en media sala. Ella se sentó a llorar en el quicio de la puerta.

Pasó una palomita que le preguntó:

—Cucarachita Mandinga, ¿por qué estás tan triste?

La Cucarachita le respondió:

—Porque Ratón Pérez

se cayó entre la olla.

y la Cucarachita Mandinga

lo gime y lo llora.

La palomita le dijo:

—Pues yo por ser palomita

me cortaré una alita.

Llegó la palomita al palomar que al verla sin una alita, le preguntó:

—Palomita, ¿por qué te cortaste una alita?

—Porque Ratón Pérez

se cayó entre la olla,

y la Cucarachita Mandinga

lo gime y lo llora ...

Y yo por ser palomita

me corté una alita.

Entonces el palomar dijo:

—Pues yo por ser palomar
me quitaré el alar.

Pasó la reina y le preguntó:

—Palomar, ¿por qué te quitaste el alar?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
Y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora ...

Y la palomita
se cortó una alita ...
y yo por ser palomar
me quité mi alar.

La reina dijo:

—Pues yo por ser reina,
me cortaré una pierna.

Llegó la reina renqueando donde el rey, que le preguntó:

—Reina, ¿por qué te cortaste una pierna?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora ...

Y la palomita
Se cortó una alita,
el palomar se quitó su alar,
y yo por ser reina,

me corté una pierna.

El rey dijo:

—Pues yo por ser rey,
me quitaré mi corona.

Pasó el rey sin corona por donde el río, que le preguntó:

—Rey, ¿por qué vas sin corona?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora ...

Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
y yo por ser rey,
me quité la corona.

El río dijo:

—Pues yo por ser río,
me tiraré a secar.

Llegaron unas negras al río a llenar sus cántaros y al verlo seco,
le preguntaron:

—Río, ¿por qué estás seco?

—Porque Ratón Pérez

se cayó en la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
el rey
se quitó su corona
y yo por ser río,
me tiré a secar...

—Pues nosotras por ser negras, quebramos los cántaros.
Pasaba un viejito, quien al ver a las negras quebrar sus cántaros, les preguntó:

—¿Por qué quebráis los cántaros?
—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,

la reina
se cortó una pierna,
el rey
se quitó la corona,
el río se tiró a secar
y nosotras por ser negras,
quebramos los cántaros.

El viejito dijo:

—Pues yo por ser viejito,
me degollaré.

Y se degolló.

Entretanto llegó la hora del entierro.

La Cucarachita quiso que fuera bien rumboso e hizo venir músicos que iban detrás del ataúd tocando los violines y los violones decían:

—¡Por jartón, por jartón,
por jartón
se cayó entre la olla!

Y me meto por un huequito y me salgo por otro para que ustedes me cuenten otro.







La suegra del diablo

Había una vez una viuda de buen pasar que tenía una hija. La muchacha era hermosa y la madre quería casarla con un hombre bien rico. Se presentaron algunos pretendientes, todos hombres honrados, trabajadores y acomodados, pero la viuda los despedía con su música a otra parte porque no eran riquísimos.

Una tarde se asomó la muchacha a la ventana, bien compuesta y de pelo suelto. (Por cierto que el pelo le llegaba a las corvas y lo tenía muy arrepentido). No hacía mucho rato que estaba allí, cuando pasó un señor a caballo. Era un hombre muy galán, muy bien vestido, con un sombrero de pita finísimo, moreno, de ojos negros y unos grandes bigotes con las puntas para arriba. El caballo era un hermoso animal con los cascós de plata y los arneses de oro y plata. Saludó con una gran reverencia a la niña, y le echó un perico. La niña advirtió que el caballero tenía todos los dientes de oro. El caballo al pasar se volvió una pura pируeta. Desde la esquina, el jinete volvió a saludar a la muchacha, que se metió corriendo a contar a su madre lo ocurrido.

A la tarde siguiente, madre e hija bien alicoreadas, se situaron en la ventana. Volvió a pasar el caballero en otro caballo negro, más negro que un pecado mortal, con los cascós de oro, frenos de oro, riendas de seda y oro y la montura sembrada de clavitos de oro. La viuda advirtió que en la pechera, en la cadena del reloj y en el dedito chiquito de la mano izquierda, le chispeaban brillantes. Se convenció de que era cierto que tenía toda la dentadura de oro. Las dos mujeres se volvieron una miel para contestar el saludo del caballero.

Al día siguiente, desde buena tarde, estaban a la ventana, vestidas con las ropas de coger misa, volando ojo para la esquina. Al cabo de un rato, apareció el desconocido en un caballo que tenía la piel tan negra como si la hubieran cortado en una noche de octubre; las herraduras eran de oro y los arneses de oro, sembrados de rubíes, brillantes y esmeraldas.

Las dos se quedaron en el otro mundo cuando lo vieron detenerse ante ellas y desmontar.

Las saludó con grandes ceremonias. Lo mandaron pasar adelante y la vieja, que era muy saca la jícara cuando le convenía, llamó al concertado para que cuidara del caballo.

El desconocido dijo que se llamaba don fulano de tal, presentó recomendaciones de grandes personas, habló de sus riquezas, las invitó a visitar sus fincas y, por último, pidió a la niña por esposa. No había terminado de hacer la propuesta, cuando ya estaba la madre contestándole que con mucho gusto y llamándolo hijo mío.

Desde ese día las dos mujeres se volvieron turumba; cada día visitaban una finca del caballero; cada noche bailes y cenas; no volvieron a caminar a pie, solo en coche, y regalos van y regalos vienen.

Por fin llegó el día de la boda. El caballero no quiso que fuera en la iglesia sino en la casa y nadie se fijó en que al entrar el padre, el novio tuvo intenciones de salir corriendo.

Los recién casados se fueron a vivir a otra ciudad en donde el marido tenía sus negocios.

Desde el primer día que estuvieron solos, el marido dijo a la esposa a la hora del almuerzo que él sabía hacer pruebas que dejaban a todo el mundo con la boca abierta y que las iba a repetir para entretenérsla; y diciendo y haciendo se puso a caminar por las paredes y cielos con la facilidad de una mosca; se hacía del tamaño de una hormiga, se metía dentro de las botellas vacías y desde allí hacía morisquetas a su mujer; luego salía y su cuerpo se estiraba para alcanzar el techo. Y esto se repetía todos los días al almuerzo y a la comida. En una ocasión vino la viuda a ver a su hija y esta le contó las gracias de su marido. Cuando se sentaron a la mesa, la suegra pidió a su yerno que hiciera las pruebas de que le había hablado su hija. Este no se hizo de rogar y comenzó a pasearse por el cielo y paredes y a repetir cuantas curiosidades sabía hacer. La vieja se quedó con el credo en la boca y desde aquel momento no las tuvo todas consigo.

A los pocos días volvió a hacer otra visita a sus hijos, trajo consigo una botijuela de hierro, con una tapadera que pesaba una barbaridad. A la hora del almuerzo rogó a su yerno que las divirtiera con sus maromas. Después que este se dio gusto con sus paseos boca abajo por el techo, le preguntó la botijuela y le dijo:

—¡Apostemos a que aquí no entra usted!

El otro de un brinco se tiró de arriba y se metió en la botijuela como Pedro por su casa. La suegra hizo señas a unos hombres que tenía listos con la tapadera, tras una cortina, y estos se precipitaron y taparon la botijuela. El yerno se puso a dar gritos desaforados y a hacer esfuerzos por salir. La esposa quiso intervenir para que le abrieran, pero la madre le dijo:

—¡Pues no ves que es el mismo Pisuicas? Desde la otra vez que estuve, eché de ver que tu marido no era como todos los cristianos. Le consulté a un sacerdote, quien me acabó de convencer de que mi yerno no era sino el Malo. Dale infinitas gracias a Nuestro Señor de que a mí se me ocurriera este medio de salir de él.

Luego se fue en persona para la montaña, seguida de los hombres que cargaban la botijuela. Se hizo un hoyo profundo y allí dejó enterrada la botijuela con su yerno dentro. Este se quedó bramando de rabia y diciendo pestes contra su suegra.

En efecto, aquel era el diablo y desde el día en que la vieja lo enterró, nadie volvió a cometer un pecado mortal, sólo pecados veniales, aconsejados por los diablillos chiquillos. Y toda la gente parecía muy buena, pero sólo Dios sabía cómo andaba el frijol.

Pasaron los años y pasaron los años en aquella bienaventuranza, y el pobre Pisucas enterrado, inventando a cada minuto una mala palabra contra su suegra. Un día pasó por aquel lugar un pobre leñador que tenía por único bien una marimba de chiquillos, y tan arrancado que no tenía segundos calzones que ponerse. Le pareció oír bajo sus pies algo así como retumbos; se detuvo y puso el oído. Una voz que salía de muy adentro decía:

—¡Quien quiera que seas, sácame de aquí...!

El hombre se puso a cavar en el sitio de donde salía la voz. Al cabo de unas cuantas horas de trabajar, dio con la botijuela. De ella salía la voz que ahora decía:

—Ñor hombre, sácame de aquí y te tiene cuenta.

Él preguntó:

—¿Qué persona, por más pequeña que sea, puede caber dentro de esta botijuela?

El que estaba en ella contestó:

—Sácame y verás. Soy alguien que puede hacerte inmensamente rico.

Esto era encontrarse con la tentación y el pobre al oír lo de las riquezas, hizo un esfuerzo tan grande que levantó solo la tapadera. Ciento es que por dentro el diablo empujaba a su vez con todas sus fuerzas. La tapadera saltó, con tal ímpetu, que desapareció en los aires; el demonio salió envuelto en llamas y la montaña se llenó de un humo hediondo a azufre. El pobre leñador cayó al suelo más muerto que vivo.

Cuando fue volviendo en sí, se le acercó el diablo y le contó la historia de su entierro.

—Para pagarte tu favor —le dijo— nos vamos a ir a la ciudad. Yo me voy a ir metiendo en diferentes personas, de las más ricas y sonadas, para que se pongan locas. Vos aparecerás en la ciudad como médico y ofrecerás curarlas. No tenés más que acercarte al oído del enfermo y decirme: “Yo soy el que te sacó de la botijuela”, y al punto saldré del cuerpo. Eso sí, cuando te acerqués y yo te diga que no, es mejor que no insistas porque será inútil. Ya te lo advierto.

Y así fue. Partieron para la ciudad, el leñador se hizo anunciar como médico y a los pocos días cátate que un gran conde se puso más loco que la misma locura. Lo vieron los más famosos médicos del reino, y nada. De pronto se puso que un médico recién llegado ofrecía devolverle la salud. Llegó donde el enfermo y para disimular, se puso a darle cada hora una cucharada de lo que traía en una botella y que no era otra cosa que agua del tubo con anilina. A las tres cucharadas se acercó al oído del conde y dijo:

—Soy el que te sacó de la botijuela.

Inmediatamente salió el diablo y el conde quedó como si tal enfermedad no hubiera tenido. Toda la familia estaba agradecidísima, no hallaban donde poner al médico y lo dejaron bien pistudo.

Siguieron presentándose casos de locura de diferentes aspectos y casi todos eran en el duque don Fulano de Tal, en la duquesa doña Mengana, en el marqués don Perencejo. Y todos fueron

curados por el médico, que ya no tenía donde guardar el oro que ganaba.

Por fin se puso mala la reina y ¡el Señor me dé paciencia! Aquello sí que fue el juicio.

La reina no tenía sosiego un minuto y ya el rey iba a coger el cielo con las manos y últimamente tuvieron que amarrarla porque ya no se aguantaba. Aconsejaron al rey que llamara al famoso médico y cuando llegó, le ofreció hacerlo su médico de cabecera y darle muchas riquezas si sanaba a su esposa. El otro, por rajón, le contestó que ya podía hacerse de cuentas de que la reina estaba curada y que si no sucedía así, le cortara la cabeza.

Se acercó con su botella de agua y le dio las tres cucharadas. A la tercera le dijo al oído de la enferma:

—Soy yo, el que te sacó de la botijuela.

El diablo respondió:

—¡No!

Al oír esto, el hombre se achucuyó. ¿Y ahora qué iba a hacer? Se acercó otra vez al oído de la enferma a suplicarle:

—¡Salí por lo que más querrás! ¡Mirá que si no acaban conmigo! Por vida tuyita...

Pero de nada le servían las súplicas: el otro seguía emperrado en que no y en que no. Estaba, por lo que se veía, muy a gusto entre los sesos de la reina.

Pidió al rey tres días de término y, entre tanto, no hizo otra cosa que suplicar al diablo que saliera, dar cucharadas de agua con anilina a la pobre reina y sobarse las manos.

Cuando estaba para terminarse el plazo, se le ocurrió una idea: pidió al rey que hiciera traer la banda, que comprara triquitraques y cohetes, que a cada persona del palacio le diera una lata o algún trasto de cobre y la armara de un palo y que a una señal suya, la banda rompiera con una tocata bien parrandera, todos gritaran y golpearan en sus latas y se diera fuego a la pólvora.

Y así se hizo. En este momento se acercó el leñador al oído de la reina y suplicó al diablo:

—¡Salí por vida tuyita...!

En vez de contestar, el diablo preguntó:

—Hombre, ¿qué es ese alboroto?

El otro respondió:

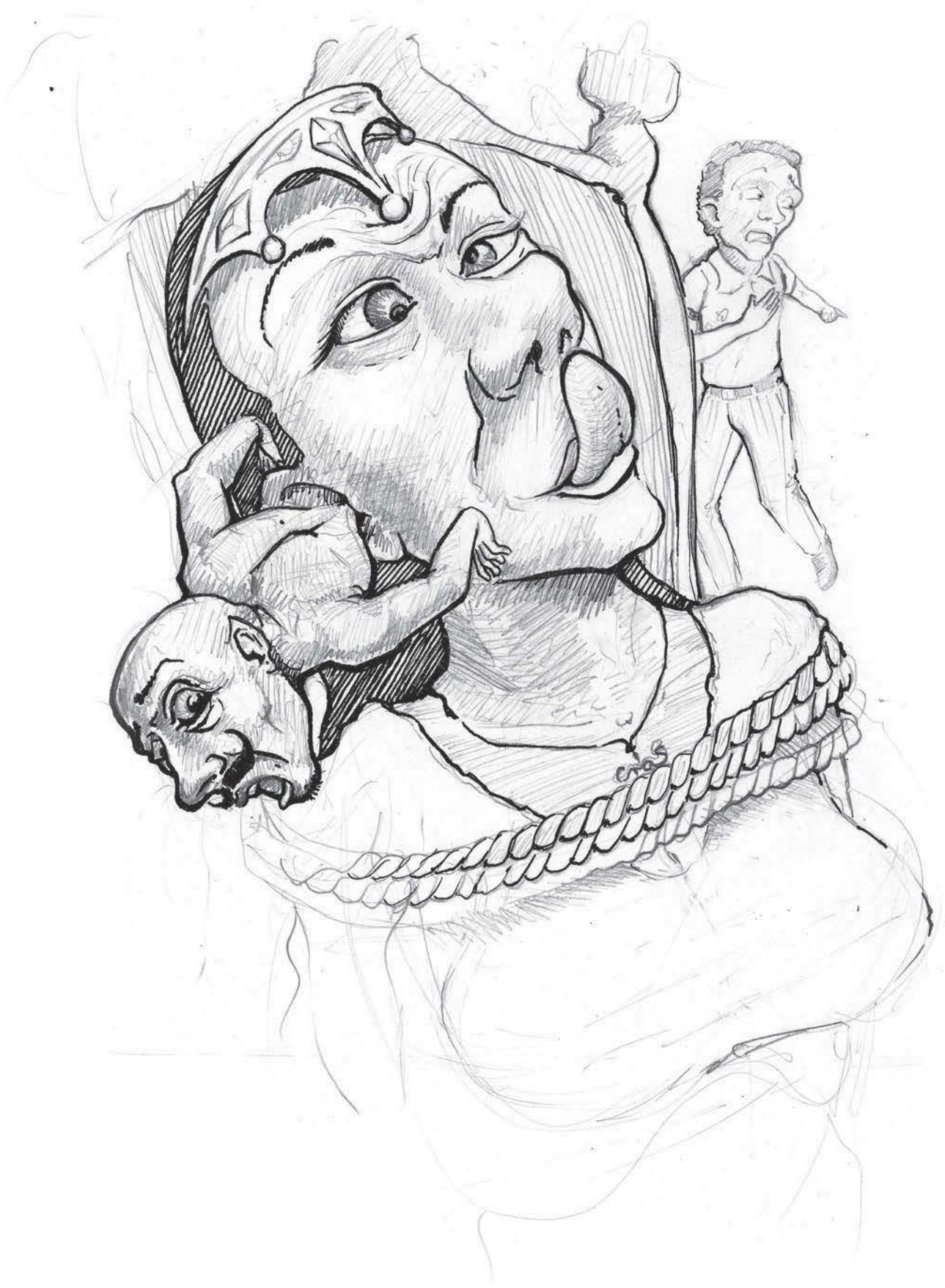
—Aguárdate, voy a ver qué es.

Inmediatamente volvió y dijo:

—¡Que Dios te ayude! Es tu suegra que ha averiguado que estás aquí y ha venido con la botijuela para meterte en ella de nuevo.

—¿Quién le iría con la cabilosada a la vieja de mi suegra? —dijo el diablo—. ¡Y patas para qué las quiero!

Salió corriendo y no paró sino en el infierno. La reina se puso buena y el leñador, que ya era don Fulano y muy rico, mandó por su mujer y su chapulinada y todos fueron a vivir a un palacio, regalo del rey. Desde entonces la pasaron muy a gusto.





La casita de las torrejas

Había una vez unos chacalincitos que quedaron huérfanos de padre y madre y sin nadie quien les dijera ni ¿qué hacen allí?

Era la pareja: la mujercita, la mayor, y la que había quedado de cabeza de casa. Eran muy pobres y un día no les amaneció ni una burusca con qué encender el fuego.

Entonces decidieron irse a rodar tierras. Atrancaron la puerta y agarraron montaña adentro. Allá al mucho andar, se sintieron cansados; entonces se subieron a un palo para pasar la noche y se acomodaron en una horqueta. Así que anocheció, vieron allá muy largo una lucecita. No se atrevieron a bajar por miedo que se los fuera a comer algún animal, pero se fijaron bien en la dirección en donde quedaba.

Apenas comenzó a amanecer, bajaron y anduvieron en dirección de la lucecita. Anda y anda, anda y anda, salieron al medio-día a un potrero. A la orilla de la montaña había una casita; por el techo salía un mechoncito de humo y por la puerta y la ventana un olor como a miel hirviendo.

Poquito a poco se fueron acercando y vieron en la ventana una cazuela con torrejas.

Como estaban hilando de hambre, y el olor convidaba, no pudieron contenerse y se arrimaron a la ventana. La muchachita estiró la mano y se cachó una torreja. Del interior una voz ronca gritó: “¡Piscurum, gato, no me robés mis torrejas!”.

Los chiquitos se escondieron entre el monte y allí se repartieron su torreja, que lo que hizo fue alborotarles la gana de comer.

Otra vez se fueron acercando y pescaron otra torreja. Y otra vez la voz que gritaba: “¡Piscurum, gato, no me robés mis torrejas!”.

Los muchachos se escondieron, se comieron las torrejas y quisieron volver por más, pero da la desgracia que por querer salir a la carrera, lo hicieron muy ateperetadamente y la cazuela se volcó. A la bulla, se asomó la vieja, la dueña de la casa, que era una bruja más mala que el mismo Patas, vio por donde cogieron las criaturas, se les puso atrás y al poco rato las agarró por las orejas y las trajo arrastrando hasta la casa. Como estaban tan flacos que parecían fideos, la bruja les dijo que no se los comería, pero que los iba a engordar como a unos chanchitos, para darse cuatro gustos con ellos.

Los encerró entre una jaba y cada día les echaba los desperdicios, y como los pobres no tenían otra cosa, no les quedaba más que convenir y tragárselos.

Bueno, allá a los ocho días llegó la vieja y les dijo:

—Saquen por esta rendija el dedito chiquito.

A la niña se le ocurrió que era para ver como andaban de gordura entonces sacó dos veces un rabito de ratón que se había hallado en un rincón de la jaba. Como la vieja era algo pipiriciego, no echó de ver el engaño, y se fue más brava que un solimán, al sentir aquellos deditos tan requeteflacos.

Y así fue por espacio de casi tres meses. Lo cierto del caso es que los chiquillos, quieras que no, habían engordado con los desperdicios.

Pero dio el tuerce que un día, la niña no agarró bien el rabito de ratón al ponérselo a la bruja para que tocara, y se le quedó a esta en la mano. Se fue a la luz a mirar bien y al convencerse que los chiquillos la habían estado cogiendo de mona, se puso muy caliente: abrió la jaba y los sacó. Al verlos tan cachetoncitos, se le bajó la cólera.

—Bueno —les dijo—, ahora voy a ver si hago una buena fritanga con ustedes. Vayan a traerme agua a aquella quebrada para ponerlos a sancochar.

Por supuesto, que al oírla a los infelices se les atravesó en la garganta un gran torozón. A cada uno le dio una tinaja para que la hinchara y ella se puso a cuidarlos desde la puerta.

Cuando llegaron a la quebrada, les salió de detrás de un palo un viejito que era Tatica Dios, y les dijo:

—No se aflijan, mis muchachitos, que para todo hay remedio. Miren, van a hacer una cosa: ahora van a llegar con el agua y se van a mostrar muy sumisos con la vieja. Y hasta procuren quedar

bien: aticen el fuego, bárranle la cocina, friéguenle los trastos. Ella ha de poner una gran olla sobre los tinamastes y una tabla enjabonada que llegue a la orilla de la olla y apoyada en la pared. Les ha de decir que echen una bailadita sobre la tabla, pero sin que ustedes se den cuenta, va a inclinar la tabla y ustedes se van a resbalar y van a ir a dar entre la olla; así la bruja no tendrá que molestarse oyéndolos gritar y hacer esfuerzos por escaparse.

Y así que les aconsejó lo que debían hacer, el viejecito se metió en la montaña.

Volvieron los chiquitos e hicieron lo que Tatica Dios les aconsejara: barrieron, atizaron el fuego, y echaron muchos viajes a la quebrada con las tinajas, para llenar la gran olla en que los iba a sancochar.

La vieja se puso muy complaciente con ellos, al verlos tan obedientes y tan afanosos.

Por fin puso la tabla enjabonada y les dijo:

—Vengan mis muchitos y echen una bailadita en esta tabla.

La niña se hizo la inocente, y dijo para sus adentros:

—Callate, pájara, que ya conozco tus cábulas.

Hicieron que se ponían a ensayar en el suelo y que no podían.

—Si es que no sabemos. ¿Por qué no sube usted y nos dice cómo quiere?

Y la vieja les creyó, y va subiéndose a la tabla. Y apenas volvió la cara para hacer la primera pируeta, los chiquillos inclinaron la tabla y la vieja fue a dar, ¡chupulún!, a la olla de agua hirviendo.

Después la sacaron y la enterraron. Registraron la casa y encontraron un gran cuarto lleno de barriles hasta el copete de monedas de oro.

Por supuesto que todo les tocó a ellos.





El Pájaro Dulce Encanto

Había una vez un rey ciego, como el de “La flor del olivar”, quien también tenía tres hijos. Muchos médicos lo vieron y muchas promesas llevaban hechas él, la reina y sus hijos, pero los ojos no daban trazas de ver.

Había una viejecilla curandera que era bruja y tenía fama porque había hecho algunas curaciones que los doctores no habían conseguido. Por un si acaso, la hicieron venir al palacio, y ella dijo que se dejaran de ruidos y que buscaran el Pájaro Dulce Encanto y le pasaran la cola al rey por los ojos: que este pájaro estaba en poder del rey de un país muy lejano; eso sí, que se la pasara el mismo que lograra apoderarse del pájaro.

Los tres hijos del rey se dispusieron a ir a testarear la medicina, y el rey prometió que el trono sería para aquel que la trajera.

Los tres partieron el mismo día: el mayor por la mañana, el siguiente a mediodía y el menor por la tarde, cada uno en un buen caballo y bien provistos de dinero.

Al salir el mayor de la ciudad, vio un grupo de gente a la entrada de una iglesia:

—¿Y adónde vas, Vicente? —al ruido de la gente se acercó a ver qué era, y se encontró con un muerto tirado en las gradas y uno de los del grupo le contó que lo habían dejado allí porque no tenían con qué enterrarlo, y que el padre no quería cantarle unos responsos si no había quién le pagara.

—¡A mí qué...! —dijo el príncipe, y siguió su camino.

A mediodía, cuando pasó el otro, vio a la entrada de la iglesia al pobre difunto que todavía no había hallado quién lo enterrara.

—Eso a mí no me va ni me viene —dijo el príncipe, y siguió su camino.

Cuando el menor pasó en la tarde, todavía estaba allí el cadáver, medio hediondo ya, y las gentes que miraban tenían que estar espantando los perros y los zopilotes que querían acercarse a hacer una fiesta con el muerto.

Al príncipe se le movió el corazón y pagó a unos para que fueran a comprar un buen ataúd y él en persona buscó al padre para que le cantara los responsos; fue a ayudar a abrir la sepultura y no siguió su camino sino hasta que dejó al otro tranquilo bajo tierra.

A poco andar, le cogió la noche en un lugar despoblado.

De repente vio desprenderse de una cerca una luz del tamaño de una naranja, que se fue yendo a encontrarlo y que por fin se le puso al frente. Al príncipe se le pararon toditos los pelos y preguntó más muerto que vivo:

—De parte de Dios Todopoderoso, di quién eres.

Y una voz que parecía salir de un jucó, le respondió:

—Soy el alma de aquel que hoy enterraste y que viene a ayudarte. No tengas miedo, yo te llevaré adonde está el Pájaro Dulce Encanto. No tenés más que ir siguiéndome. Eso sí, no podés caminar de día.

Al joven se le fue volviendo el alma al cuerpo y siguió a la luz. Hizo como ella le dijo y descansaban de día. A los dos días ya no le tenía miedo y más bien deseaba que se le llegara la noche. Y a la semana ya eran muy buenos amigos.

Anda y anda, por fin llegaron al reino donde estaba el pájaro. La luz le dijo que a la medianoche se fuera a pasear frente a los jardines del palacio y que se metiera en ellos por donde la viera brillar. Así lo hizo y a medianoche entró a los jardines y echó a andar detrás de la luz, que lo pasó frente a los soldados dormidos y lo metió en el palacio sin que nadie lo sintiera. Llegaron por fin a un gran salón de cristal iluminado por una lámpara muy grande que era como ver la luna, todo adornado con grandes macetas de oro en que crecían rosales que daban rosas tintas, y el príncipe se quedó maravillado al ver las miles de rosas que se veían entre las hojas verdes. El suelo estaba alfombrado de rosas deshojadas y se sentía aquel aroma que despedían las flores que daban gusto, y en una jaula de alambres de oro en los que había ensartados rubíes del tamaño de una bellota de café, colgado del cielo raso, y muy alto, estaba el Pájaro Dulce Encanto, que era así como del tamaño de un yigüirro, pero con la pluma blanca, con un copetico y las patas del color del coral. Cuando entró el príncipe, comenzó a cantar y

el joven creía que entre las matas estaban escondidos músicos muy buenos que tocaban flautas y violines. Y así se hubiera quedado sin acordarse de más nada, si la luz no le hubiera llamado la atención:

—¿Idiai, hombre, ya olvidaste a lo que venías? A ver si vas al cuarto que sigue, que es el comedor y te alcanzás cuanta mesa y silla encontrés.

Así lo hizo y cuando trajo todos los muebles que había, los fue colocando uno encima de otro para alcanzar el pájaro. Con mil y tantos trabajos, se fue encaramando por aquella especie de escalera y ya estaba estirando el brazo para coger la jaula, cuando todo se le vino abajo, haciendo, por supuesto, un gran escándalo. A la bulla, hasta el rey se levantó y corrió medio dormido y chingo a ver qué pasaba. Y van encontrando a mi señor debajo de todo, golpeado y hecho un ¡ay de mí! Lo sacaron y lo hicieron confesar por qué estaba allí. El rey lo mandó encalabozar y que lo tuvieran a pan y agua. Cuando estaba en el calabozo, se le apareció la luz y le aconsejó que no se aflijiera.

A los días lo mandó a llamar el rey y le dijo que se le devolvería la libertad y le daría el pájaro si le conseguía un caballo que él quería mucho y que le había robado un gigante.

El príncipe le contestó que otro día le daría la respuesta. En la noche llegó la luz y le aconsejó que dijera que bueno.

Dicho y hecho, la luz lo guio hasta que llegaron al potrero en donde el gigante guardaba el caballo. Escondido entre una zanja, esperó que amaneciera. Apenas comenzaron las claras del día, salió

el gigante del potrero caracoleando el caballo, que por cierto era el caballo más hermoso del mundo: negro, como de raso, con una estrella en la frente y con las patas blancas.

Ya la luz le había aconsejado que apenas los viera salir, entrara al potrero y se subiera a un palo de mango muy coposo que había en el centro; que esperara allí hasta que regresara el gigante en la noche, y cuando éste tuviera los ojos cerrados no se fiara porque no estaba dormido, sino cuando los tuviera de par en par y que entonces debería aprovechar para robar el caballo.

Además le contó que el caballo tenía en la paletilla derecha una tuerca y que le diera vueltas a esa tuerca y que vería.

Pues, bueno, en la noche volvió el gigante y seguramente venía muy cansado, porque no hizo más que medio amarrar el caballo del tronco del árbol, le aflojó la cincha y él se tiró a su lado. Comenzó a roncar, pero el príncipe se fijó en que tenía los ojos cerrados; poco a poco los ronquidos fueron más, más débiles, y el príncipe vio que tenía un ojo cerrado y otro abierto; por fin cesaron los ronquidos y el gigante tenía los ojos de par en par, unos ojazos más grandes que las ruedas de una carreta. Poquito a poco se fue bajando y desamarró el caballo. Pero este animal hablaba como un cristiano y gritó:

—¡Amo, amo, que me roban!

De un brinco se levantó el gigante. El joven se quedó chiquitico entre unas ramas. El gigante miró por todos lados y gritó:

—¿Quién te roba? ¡Nadie te roba! —luego se volvió a dejar caer y a poco abrió los ojos.

Vuelta otra vez a bajar poquito a poco. Puso una mano en la cabeza del caballo e intentó montar, pero el animal gritó otra vez:

—¡Amo, amo, que me roban!

De nuevo se recordó el gigante, pero no vio a nadie. Con cólera le contestó:

—¿Quién te roba? ¡Nadie te roba! ¡Si me vuelves a decir que te roban, te mato!

Así que el príncipe vio al gigante con los ojos abiertos, muy resuelto se acercó al caballo, que esta vez no chistó. Entonces lo montó, le apretó la tuerca y el caballo salió volando.

La luz había dicho al príncipe que antes de entrar en la ciudad volviera a apretar la tuerca para que el caballo descendiera, y que no se diera por entendededor con el rey que sabía aquella cualidad de la bestia. Lo hizo así, y el rey lo recibió muy contento, pero el muy mala fe le dijo que todavía no le daría el pájaro, sino cuando le trajera su hija, que había sido robada por el mismo gigante.

El joven no quiso contestar nada sino hasta que habló con la luz, quien le dijo que aceptara. A la noche siguiente partieron y llegaron al palacio del gigante. La luz le aconsejó que llevara el caballo y que lo dejara amarrado entre un bosque cercano al palacio. Él debería subir por una enredadera hasta una ventana iluminada, que era la ventana del comedor. A aquellas horas deberían estar cenando. Cuando viera que el gigante había bebido mucho vino y

dejara caer la cabeza sobre la mesa, debía tirar unos terroncillos a la niña y le haría señas para que se acercara y lo siguiera.

Todo pasó dichosamente, porque el gigante se puso una buena juma y la princesa, que deseaba con toda su alma salir de las garras de aquel bruto, no dudó ni un minuto en seguir al joven que le pareció muy galán. Al príncipe también le pareció muy linda la niña y al punto se enamoró de ella. El caso es que los dos se gustaron.

Sin ninguna novedad llegaron al palacio, pero el rey, que era muy mala fe, le dijo que le pidiera cualquier otra cosa, pero que el pájaro no se lo daba.

Entonces la luz le aconsejó que le pidiera que lo dejara dar tres vueltas por la plaza montado en el caballo, con la niña por delante y el pájaro en su jaula en una mano. El rey convino, y para estar seguro, puso soldados en todas las bocacalles que daban a la plaza. El príncipe salió muy honradamente, pero al ir a acabar la tercera, apretó la tuerca y el caballo salió por los aires, y al poco rato desapareció entre las nubes. Por supuesto que el rey se quedó jalándose las mechas y diciendo que bien merecido se lo tenía por tonto. A él no le había pasado por la imaginación que el príncipe supiera lo de la tuerca.

Bueno, pues, el joven, al llegar a su país, apretó la tuerca, y el caballo bajó. Al pasar por una ciudad encontró a sus dos hermanos todos dados a la mala fortuna, que se habían engringolado en unas fiestas, se habían quedado sin un cinco y no sabían con qué cara llegar donde su padre.

Los dos hermanos sintieron una gran envidia por la suerte de su hermano menor que traía no sólo el pájaro sino una linda princesa y un caballo maravilloso.

El joven los invitó a volver con él, pero ellos se negaron. Eso sí, le rogaron que les aceptara el convite que le hacían de ir a almorzar en un lugar en las afueras de la población. Él, sin malicia, aceptó en seguida. Ellos hicieron beber al príncipe y a la princesa una bebida que era un narcótico, y cuando estuvieron sin conocimiento, se llevaron al joven y lo echaron en un precipicio. Cuando la niña despertó, le dijeron que él se había ido a parrandear en unas fiestas que se celebraban en un pueblo vecino y que la había dejado abandonada. Pero que ellos no la desampararían y se la llevarían al palacio de su padre.

Volvieron a su casa y el rey y la reina se alegraron y ellos para que no supieran por qué el menor no aparecía, lo pusieron en mal, y les hicieron creer que ellos habían sido los de todo el trabajo y que la princesa era una niña loca que habían recogido en el camino.

Pero no pudieron conseguir que el rey repartiera el reino entre los dos porque le pasaron la cola del Pájaro Dulce Encanto y no surtió ningún efecto; el rey quedó tan ciego como antes. Quiso Dios que la luz librara al joven de que no rodara entre el precipicio, sino que una rama lo agarró por el vestido y unos carreteros que pasaban lo oyeron gritar, se acercaron y lo ayudaron a salir de allí. Les dijo quién era y como se había hecho algunas heridas y no podía

caminar, ellos mismos lo llevaron al palacio del rey y a los cuatro días fueron llegando con él.

La princesa, que no había vuelto a hablar por la tristeza de la ausencia del joven, al verlo, se puso feliz, y el pájaro que no había vuelto a cantar, llenó el palacio con sus flautas y violines.

Pero el rey y la reina estaban muy enojados contra su hijo menor por los cuentos con que sus hermanos mayores habían venido, y no querían recibirla. Él, entonces, contó lo que le había ocurrido; los carreteros atestiguaron; además, el joven para probar que era él quien había conseguido el pájaro, lo cogió y pasó su cola por los ojos del rey, quien enseguida quedó con unos ojos tan buenos que le podían hacer frente a la luz del sol. Se conocieron las mentiras de los hermanos envidiosos, pero el príncipe, que era un buenazo de Dios, no permitió que los castigaran, los abrazó y compartió el reino con ellos.

Él se casó con la princesa, quien colgó de su ventana la jaula con el Pájaro Dulce Encanto, que diario tenía aquello hecho una retreta.

Cuando la luz vio feliz y tranquilo a su amigo, vino a decirle adiós: mucho sintió el príncipe esta separación, pero la luz le dijo:

—Ya cumplí, ya te demostré mi gratitud.

Adiós y ahora hasta que nos volvamos a ver en la otra vida.

Y me meto por un huequito y me salgo por otro, para que ustedes me cuenten otro.



Salir con un domingo siete

Había una vez dos compadres güechos, uno rico y otro pobre. El rico era muy mezquino, de los que no dan ni sal para un huevo. El pobre iba todos los viernes al monte a cortar leña que vendía en la ciudad cuando estaba seca.

Uno de tantos viernes se extravió en la montaña, y le cogió la noche sin poder dar con la salida. Cansado de andar de aquí y de allá, resolvió subirse a un árbol para pasar allí la noche. Ató al tronco el burro que le ayudaba en su trabajo y él se encaramó casi hasta el cucuricho. Al rato de estar allí, vio de pronto que a lo lejos se encendía una luz. Bajó y se encaminó hacia ella. Cuando la perdía de vista, subía a un árbol y se orientaba. Al irse acercando, vio que se trataba de una gran casa iluminada, situada en un claro del bosque. Parecía como si en ella se celebrara una gran fiesta. Se oía música, cánticos y carcajadas.

El hombre aseguró su bestia y se fue acercando poquito a poco.

La parranda era muy adentro, porque las salas que estaban a la entrada se encontraban vacías. En puntillas se fue metiendo, se fue metiendo hasta que dio con lo que era. Se escondió detrás de una

puerta y se puso a curiosear por una rendija: la sala estaba llena de brujas mechudas y feas que bailaban pegando brincos como los mícos y que cantaban a gritos esta única canción:

*Lunes
y martes
y miércoles tres.*

Pasaron las horas y las brujas no se cansaban de sus bailes y siempre en su dele que dele:

*Lunes
y martes
y miércoles tres.*

Aburrido el compadre pobre de oír la misma cosa, agregó cantando con su vocecilla de güecho:

*Jueves
y viernes
y sábado seis.*

Gritos y brincos cesaron...

—¿Quién ha cantado? —preguntaron unas.

—¿Quién ha arreglado tan bien nuestra canción? —decían otras.

—¡Qué cosa más linda! ¡Quien ha cantado así merece un premio!

Todas se pusieron a buscar y por fin dieron con el compadre pobre, que estaba en un temblor detrás de la puerta.

¡Ave María! No hallaban dónde ponerlo: unas lo levantaban; otras lo bajaban y besos por aquí y abrazos por allá.

Una gritó:

—Le vamos a cortar el güecho.

Y todas respondieron:

—¡Sí, sí!

El pobre hombre dijo:

—¡Eso sí que no!

Pero antes de acabar, ya estaba la inventora rebanándole el güecho con un cuchillo, sin que él sintiera el menor dolor y sin que derramara una gota de sangre. Luego sacaron del cuarto de sus tesoros sacos llenos de oro y se los ofrecieron en pago de haberles terminado su canto.

Él trajo su burro, cargó los talegos y partió por donde las brujas le indicaron. Al alejarse las oía desgañitarse:

*Lunes
y martes
y miércoles tres.
Jueves
y viernes
y sábado seis.*

Sin dificultad llegó a su casita, en donde su mujer y sus hijos le esperaban acongojados porque temían que le hubiera pasado algo.

Les contó su aventura y mandó a su esposa que fuera adonde el compadre rico y le pidiese un cuartillo para medir el oro que traía.

Ella fue y dijo a la mujer del compadre rico que estaba sola en casa:

—Comadrita, ¿quiere prestarme el cuartillo? Es que vamos a medir unos frijoles que cogió mi marido.

Pero la mujer del compadre rico se puso a pensar:

—Cállate, ¡acaso tu marido ha sembrado nada? ¡Quién mejor que nosotros sabe que no tienen más terreno que ese en que están clavadas las cuatro estacas del rancho?

Y untó de cola el fondo del cuartillo para averiguar qué iban a medir sus padres pobres.

Estos midieron tantos cuartillos de oro que hasta perdieron la cuenta.

Al devolver la medida, no se fijaron que en el fondo habían quedado pegadas unas cuantas monedas. La comadre rica que era muy angurriente, y que no podía ver bocado en boca ajena, al ver aquello se santiguó y se fue a buscar a su marido.

—Mirá, ¡vos decís que tu compadre es un arrancado, que tiene casi que andar con una mano atrás y otra adelante para taparse, que no tiene ni dónde caerse muerto? Pues estás muy equivocado...

—Y la mujer mostró el cuartillo, contó lo ocurrido y lo estuvo cucando hasta que hizo al compadre rico irse a buscar al pobre.

—Ajá, compadrito —le dijo—, ¡qué indino es usted! ¡Conque tenemos que medir el oro en cuartillo?

El otro, que era un hombre que no mentía, contó su aventura sencillamente.

¡El rico volvió a su casa con una envidia!

La mujer le aconsejó que fuera al monte a cortar leña.

—Quién quita —le dijo— que te pase lo mismo.

El viernes muy de mañana se puso en camino con cinco mulas y todo el día no hizo más que volar hacha.

Al anochecer, se metió en lo más espeso de la montaña y se perdió.

Se subió a un árbol, vio la luz y se fue hacia ella. Llegó a la casa en donde las brujas celebraban cada viernes sus fiestas. Hizo lo mismo que su compadre pobre y se metió detrás de la puerta. Estaban las brujas en lo mejor de su canto:

Lunes y martes y miércoles tres.

Jueves y viernes y sábado seis.

Cuando la vocecilla del güecho cantó, toda hecha un temblor:

—Domingo siete...

—¡Ave María! ¡Para qué lo quiso hacer!

Las brujas se pusieron furiosísimas a jalarse las mechas y a gritar de cólera:

—¿Quién es el atrevido que nos ha echado a perder nuestra canción? ¿Quién es quien ha salido con ese “domingo siete”?

Y buscaban enseñando los dientes, como los perros cuando van a morder.

Encontraron al pobre hombre y lo sacaron a trompicones y jalones.

—Vas a ver la que te va a pasar, güecho de todita la trampa —dijo una que salió corriendo hacia el interior.

Luego volvió con una gran pelota entre las manos, que no era otra cosa que el güecho del compadre pobre, y ¡pan! Lo plantó en

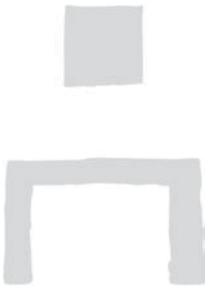
la nuca del infeliz, en donde se pegó como si allí hubiera nacido. Le desamarraron las mulas; las libraron de sus cargas de leña y las echaran monte adentro.

Al amanecer fue llegando el compadre rico a su casa con dos güechos, todo dolorido y sin sus cinco mulas y, por supuesto, a la vieja se le regaron las bilis y tuvo que coger cama.



Índice

Nota editorial	7
Palabras de la autora	9
El tonto de las adivinanzas	17
Uvieta	27
Juan, el de la carguita de leña	39
Escomponte perinola	47
La mica	67
El cotonudo	83
La Cucarachita Mandinga	95
La suegra del diablo	105
La casita de las torrejas	115
El Pájaro Dulce Encanto	121
Salir con un domingo siete	131



EDICIÓN DIGITAL
NOVIEMBRE DE 2017
CARACAS · VENEZUELA

La suegra del diablo y otros cuentos latinoamericanos

Desde el aro en la oreja de la abuela, una niña que se mece escucha atenta las historias que hace tiempo llegaron de otro lugar posible, ahora hechas nuestras por las voces de los ancianos. Así, mientras el zarcillo se balanza, nos relatan que una cucarachita se encuentra una moneda y con ella la alegría de hacerse un compañero, o la buena fortuna de aquel que, sin mucho talento, logra con astucia sorprender al más estudiado. También la ingenuidad del campesino que con buena intención ayuda a componer una canción para las brujas. En *La suegra del diablo y otros cuentos latinoamericanos*, se unen historias y personajes que acompañaron y seguirán acompañando a varias generaciones a través de la literatura fantástica latinoamericana.

CARMEN LYRA (COSTA RICA, 1888–MÉXICO, 1949)

María Isabel Carvajal Quesada fue una de las más resaltantes luchadoras costarricenses. Fundadora del Partido Comunista de su país, fue mujer de ejercer sin limitaciones la educación dentro de las aulas al tiempo que se mantenía en el activismo social por la emancipación e igualdad de la mujer. Se encargó de traspasar la oralidad al espacio de lo escrito, y mantener en él el saber y sentir de la idiosincrasia de nuestros pueblos latinoamericanos. Juglar del imaginario costarricense, Carmen o María Isabel, rescató en sus líneas la realidad del pícaro en nuestra cultura.

LUIS LEYBA AGUILERA (CARACAS, 1985)

Ilustrador, muralista, retratista y pintor. Ha trabajado en distintas modalidades del arte urbano: grafitis, murales, performances, *action paint* (pintura en acción), vincula e incorpora las comunidades al arte con estas experiencias. Formó parte del equipo de la Fundación Editorial El perro y la rana. Entre sus trabajos publicados destacan *Pensamientos de Simón Bolívar* y trabajos para la revista *Tlön*.



9 789801 410713



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

